

Esther Lina Godínez de Loeza

nació en Guadalajara, Jalisco. Es licenciada en Derecho por la Universidad Iberoamericana (UIA) y cursó un diplomado en la Escuela General de Escritores de México (SOGEM). Tiene amplia trayectoria como docente, ya que fue profesora de derecho y civismo en la Universidad Intercontinental, en el Colegio Francés del Pedregal y en el Colegio Godwin. Ha sido asesora de la Dirección General de Aeroméxico y trabajó en la Dirección de Finanzas de Ferrocarriles Nacionales de México.

Desde 1989 se dedica a actividades diplomáticas.

A partir de su estancia en San Francisco, San Diego y Los Ángeles, California, como esposa del Cónsul General de México en las tres entidades, entró en contacto con indocumentados mexicanos y de otros países de América Latina. Durante seis años se acercó a ellos y compartió su problemática. Pero fue su trabajo como voluntaria en el Hospital Scripps Memorial de San Diego, su contacto con el dolor y con las historias de los enfermos, lo que la impulsó a poner por escrito sus vivencias, que comparte ahora a través de este libro.

297771

011812

Relatos de frontera

memoria histórica



BIBLIOTECA

DE INFORMACIÓN

Y DOCUMENTACIÓN

Dirección General de Culturas Populares

Class. _____

Adg. _____

Fecha _____

Proced. _____

Relatos de frontera

Esther Lina Godínez de Loeza



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

Primera edición, 2007

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Dirección General de Culturas Populares

Diseño de portada: *Elsa Mendoza García*

D. R. © 2007 Dirección General de Culturas Populares
Av. Paseo de la Reforma 175, 12° piso
Col. Cuauhtémoc, C. P. 06500
México, D. F.

ISBN: 970-351264-X
978-970-35-1264

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo	9
I. Me cala muy hondo	13
II. Hay que endeudarse	21
III. La desventurada Nicolasa	27
IV. La "Liebre Tuerta"	35
V. El guatemalteco	41
VI. Los enredos de Tencha	47
VII. Es su esposo ¿si o no?	57
VII. Francisco	65
IX. Una sonrisa generosa	73
X. Quiero mi libertad	81

A los indocumentados.

Prólogo

Casi nadie migra por gusto. Quien migra sabe perfectamente bien que hacerlo le va a costar dinero, le va a traer dolores de cabeza y lo va a empujar a correr riesgos que mejor hubiera sido jamás correr. Quien se lanza a la aventura migratoria lo hace porque desde su punto de vista no tiene de otra, ya sea porque lo mueve la ambición de ganar más, porque precisa huir en busca de refugio, o porque necesita ir a donde se han ido previamente sus seres queridos. Por las razones que sean, quien migra generalmente lo hace a disgusto porque siente que las circunstancias lo han obligado a dejar su comunidad de origen.

Por eso es fascinante escuchar los relatos de quienes luego de muchos años, tienen la capacidad de voltear hacia atrás con el ánimo de contar su experiencia. Detrás de cada migrante hay una historia interesante. Nunca en mi vida me he topado con un migrante cuya historia personal me haya aburrido. Uno escucha el recuento de caminos absurdamente no tomados; de expectativas frustradas a las primeras de cambio; de inesperados golpes de fortuna; de explicaciones ofrecidas a personajes de otras épocas; de reivindicaciones personales obtenidas al paso de muchos años y, naturalmente, de sueños no cumplidos. Aunque luego de escuchar muchos relatos se pueden identificar ciertos pasajes comunes (como por ejemplo la ilusión de que la experiencia es transitoria: "yo venía por un rato nomás y, ya ve, ya llevo veintitantos años"), la verdad es que no hay dos historias iguales.

Cuando uno jamás ha tenido que enfrentar la disyuntiva

de emigrar, los relatos pueden parecer en un principio muy lejanos, provenientes de otro mundo. Sin embargo, la realidad es que no son tan ajenos, al menos no para nosotros los mexicanos. Antes, se suponía que solamente los trabajadores agrícolas emigraban, los que no tenían educación ni mayores niveles de ingreso.

No más. Ahora los estudios más serios demuestran que conforme el país se fue urbanizando, igual lo fueron haciendo los flujos. Ahora el éxodo surge principalmente de las ciudades y el nivel de escolaridad de los emigrantes es cada vez mayor. Más de medio millón de personas nacidas en México que poseen título de licenciatura o posgrado residen de manera permanente en Estados Unidos. Se estima que uno de cada dos mexicanos tenemos un pariente cercano residiendo en el exterior, principalmente en Estados Unidos. En otras palabras, el "México de afuera" se parece cada vez más al "México de adentro". Muchos de los mismos ejes que nos dividen como sociedad aquí en México (en términos de clase u origen étnico, por ejemplo), los dividen también a ellos allá.

Los expatriados representan un espejo incómodo en el que no nos gusta vernos reflejado. Su partida genera una especie de sentimiento de frustración colectiva porque finalmente constituye la prueba obvia e irrefutable de que México ha fracasado en la tarea de ofrecer suficientes empleos para todos sus hijos. Son motivo de desesperanza cuando los mejor calificados, los jóvenes que se suponen deben ser los catalizadores de las muchas reformas que requiere México, prefieren salir al exterior en busca de mejores oportunidades; o cuando la migración masiva de familias condena a una muerte lenta a regiones enteras de Zacatecas, Michoacán o Guanajuato, víctimas del despoblamiento.

Las historias de migrantes son estimulantes porque revelan el espíritu emprendedor que mueve a la gente ambiciosa, así como la dignidad inherente de quien se arriesga por darle

a los suyos una vida mejor. Al mismo tiempo, son relatos dolorosos porque constituyen una perspectiva a nivel micro de la tragedia nacional que representa el éxodo. Después de todo, detrás de cada migrante hay una o varias familias y comunidades fragmentadas: hijos que crecen sin la figura paterna; abuelos que mueren sin la compañía de sus hijos; casas y tierras abandonadas porque ya nadie las puede atender.

Los relatos de Esther Lina Godínez de Loeza son una ventana privilegiada a las historias de muchos rostros de migrantes desconocidos. Son estimulantes y a la vez son dolorosos. Como esposa de un diplomático que pasó los años noventa sirviendo como Cónsul General de México en nuestras principales oficinas consulares en California, ella escribe desde una tribuna muy especial. Su perspectiva es la del outsider, la de la observadora marginal y discreta que tuvo acceso a cientos y cientos de historias personales. Me alegra que haya tenido la disciplina de documentarlas, así como la imaginación para narrarlas con un sentido literario. Su talento nos ayuda a nosotros, los "mexicanos de México", a ver, detrás de una lectura placentera, el espejo incómodo que nos refleja.

Carlos González y Gutiérrez
Director Ejecutivo
Instituto de los Mexicanos en el Exterior - SRE.

I. Me cala muy hondo

“**H**oy cumplo exactamente dieciséis años de haber llegado a San Diego”, se dijo a sí misma mientras desayunaba un tazón de All Bran. Con un movimiento lento, pero decidido, apartó el recipiente y colocó los codos en el lugar que ocupaba éste. Con la parte inferior de las palmas de las manos se apretó las sienes y cerró los ojos, dando paso en su memoria a los recuerdos: Concordia... Creo que ni los de Sinaloa saben dónde queda Concordia... Cuando me vine de Concordia pasaba los momentos más difíciles de mi vida: engaños, mentiras, malos modos, ausencias cada vez más prolongadas, agresiones sin motivo, y, al pedir explicaciones, el uso de la violencia como medio de escape. ¿Qué gané con encarar a mi marido con su traición? ¡Nada! Desprecio y humillaciones para mí y desinterés y falta de atención para con nuestros hijos. Luego, lo más doloroso por inesperado, su cinismo. No tardó en elegir el abandono como medio fácil de liberación después de veinte años de matrimonio. Su alegato: incomprensión.

Todavía no sé de dónde saqué fuerzas para venirme a California y dejar a mis cinco hijos. ¡Pobre de mi mamá! Creyó que me estaba volviendo loca cuando se lo dije. ¡Qué trabajo me costó convencerla! Me suplicaba y lloraba para que no me fuera; me decía que mis hijos me necesitaban mucho; sentía miedo de que algo malo me fuera a pasar. Pero tenía que contar con ella, de otra manera, no lo hubiera podido hacer. Le prometí que pasado poco tiempo le mandaría dinero suficiente para alimentar, vestir y educar a mis hijos. Le dejé todo lo que pude. Junté todo el dinero de la venta de mis cosas y lo que me dieron por mis baratijas de oro, entre las que iban mis

arras y la argolla de matrimonio. Únicamente me quedé con lo necesario para pagar el boleto del camión hasta la frontera, lo que me dijeron que me iban a cobrar por "la pasada", y algo para comer.

¿Qué pasaría con la mujer que me decía "amiga" y me ayudó a cruzar la frontera por el lado del aeropuerto de Tijuana? Recuerdo que nos acompañaban sus primos y que, gracias a ellos, no tuvimos tanto miedo. A uno le picó un animal y se puso muy mal: nunca supimos qué bicho fue... Ahora pienso que pudo haber sido una araña, de esas negras panzonas que conocí después y supe que eran venenosas, porque el primo se hinchó mucho y se llenó de moretones por todo el cuerpo. Durante toda la noche caminamos con el dolor del frío que nos quemaba la carne y traspasaba el ardor hasta los huesos. Eran como las cinco de la mañana cuando llegamos a San Diego, de un día como hoy, hace dieciséis años...

A la semana de haber llegado, mi amiga me había conseguido un trabajo de limpieza con una señora de *La Jolla*. ¡Pinche vieja loca y desconsiderada! En cuanto vio mi necesidad, trató de explotarme. Aguanté, porque no me quedaba de otra. Pero apenas me inconformé, me corrió. No me quiso pagar los días que me debía, y además, me levantó el falso de que le había robado los zapatos que ella misma me había regalado tres meses antes. ¡Se me llenó el alma de indignación! Sentí rabia contra mí misma por mis limitaciones y por no saber cómo defenderme. Salí de ahí sin un quinto, pues todo el dinero se lo había mandado a mi mamá y yo contaba con lo que esa mujer me debía. Batallé y batallé hasta encontrar otro empleo, también con una señora de *La Jolla*. Con esa apenas si duré ocho meses, me pagaba muy poco y quería que hasta bañara a los niños antes de irme. Salía de noche y muy fatigada. Preferí trabajar por día, o sea, de entrada por salida. Era más cansado, pero me pagaban mejor. Así pude mandarles más dinero a mis hijos. La más pequeña tenía seis meses cuando me vine.

¡Maldita mi suerte! ¡Qué angustia cuando mi mamá me mandó avisar que mi esposo le quería quitar a mis hijas! Esa fue la razón por la que me arriesgué a volver a Concordia y, después, a pasar de nuevo la frontera con todo y el pánico que me daba... yo le arriesgué. Sólo de esa manera es que pude traerme, aunque fuera, a mi hija de ocho años. En esa ocasión "la pasada" fue horrenda: bien que me acuerdo que andábamos agachados por entre los arbustos cuando nos tiraron de balazos. Quietos, más bien paralizados, nos quedamos sin hacer ni un ruidito para que no se oyera ni la respiración. Estuvimos sin movernos mucho tiempo, hasta entumecernos. Horas después, poco a poco empezamos a caminar llenos de miedo. Temblábamos tanto por el frío como por el temor de que nos mataran. Esa vez éramos como diez. Ibamos muy juntos para darnos valor. Estábamos tan aturdidos, que ni cuenta nos dimos que le estábamos dando vuelta al cañón; así que fuimos a salir casi al mismo lugar. Mi hija caminaba muy pegada a mis piernas, pero se cansaba muy pronto y se paraba para preguntarme: "¿Hacia dónde vamos, mamá? ¡Yo quiero irme con mi abuelita! ¡Tengo miedo!" Como yo no le contestaba, se me quedaba mirando con mucha compasión, caminaba un poco más y luego se paraba en seco y me volvía a preguntar: "¿Por qué, mamá?" Fue muy difícil para mí, llevaba clavada la preocupación de haberme regresado sin haber logrado arreglar nada con mi marido. Él nunca me dio la cara, siempre se escondió. Me regresé con la zozobra en el alma.

Pasaron tres años para que pudiera volver a Concordia. ¡Lo que hubiera dado por haberme podido quedar con mis hijos! Pero tenía que regresar. Aquí había dejado a mi niña encargada con una comadre. El cruce de regreso fue una auténtica pesadilla... ¡Virgen de Guadalupe, ya me andaba ahogando! Más bien, me ahogué. Muchas veces, cuando me estoy bañando, me afecta sentir el agua de la regadera y me horroriza recordar cuando me estaba llenando de agua por dentro. Si mal no recuerdo, íbamos caminando por ahí, por entre Imperial Beach y Tijuana. El agua estaba tranquila, pero no sé cómo se

me vinieron las olas tan altas que me arrastraron a un remolino. Fue al cruzar por en medio que sucedió. Nos instruyeron a pasar nadando muy juntos para ayudarnos, pero fuimos arrastrados muy lejos unos de los otros. No pudimos hacer nada para sujetarnos. Yo empecé a tragar agua, tanta, que lo único que pedía era que se me fuera la conciencia y que terminara todo. Ya no tenía fuerzas para luchar. La desesperación que sentí fue algo indescriptible. Me sacaron de muy adentro del mar por el lado de Tijuana. En cambio, la otra pareja que iba conmigo... Yo pienso que sí se ahogaron, porque por más indagaciones que hice después, nadie me supo dar señas; todos coincidieron en que, desde entonces, nunca se les volvió a ver.

En el hospital renegaba porque no me dejaban morir; renegaba de la policía y de los dolores que martirizaban mi cuerpo, así como de los días que estuve ahí sin que nadie se acordara de mí. Con remordimiento pensaba sobre el destino de mi niña solita en San Diego, y yo en ese lugar totalmente desamparada y sin dinero. El que llevaba, me lo robó el mar.

Yo no sé cómo pude tener valor para volver a pasar. Dicen que la necesidad tiene cara de hereje, sólo que por eso sea... pero tenía que regresar. Sin dinero y ningún objeto que pudiera vender para contratar a alguien, me aventuré a pasar sola, de noche y por el lado del cañón, como la segunda vez. Caminé toda la noche, pero logré llegar a San Diego.

Había perdido todo: el departamento lo estaban ocupando otras personas y de mis cosas nadie me supo decir dónde quedaron. Fui a ver a mi comadre y le pedí que siguiera cuidando a mi hija mientras me colocaba y tenía dinero para pagarle. ¡Ya no contaba con nada! Viví durante algún tiempo en un garaje que me dieron para limpiar y orinaba en un bote. De ahí, salía en busca de otros trabajos. Hice de todo: limpié *yardas*, jardines, casas, talleres; aceptaba lo que me daban, pues tenía mucha necesidad. Lo que me pagaban no me importaba, yo lo único que quería era tener un trabajo. Una méndiga

vieja me pagó con dinero mexicano... yo le dije que con ese dinero no podía hacer nada... entonces me preguntó: "Qué, ¿no eres mexicana? Pues por eso te pago con dinero mexicano". Para esto, yo no tenía ni para comer, pero que le dejo su dinero en la mesa. ¡Nada más de acordarme me duele aquí, en la mera boca del estómago! Un día la voy a ir a buscar y le voy a pedir mi dinero mexicano, al cabo ahora sí puedo ir a Tijuana.

Me dicen que soy de las que sí la hice porque tengo mi casa. ¡Claro que primero tuve un departamento muy chiquito! Fue gracias a una amiga, a quien le debo todo. Ella me animó a que hiciera una *aplicación*. Yo fui a donde me indicó y... tiempo después que me dan un departamento, de esos de ayuda que da el gobierno para las personas que no tienen recursos, pero que sí trabajan. La verdad, ni me preguntaron si tenía papeles. Sólo enviaron a una persona a investigarme y a preguntarles a todos los que me conocían quién era yo y para verificar que lo que les había dicho era cierto. ¡No lo podía creer cuando me lo dieron! Siempre me preguntaré: "¿Por qué me lo dieron, si yo no tenía papeles? ¿Por qué me lo dieron, si yo no tenía seguro social? A ver... ¿por qué?" Es cuando veo que funcionan los programas de los gobiernos que no permiten chuequeces; o, también pienso, que eso fue hace mucho tiempo... Ahora las cosas han cambiado tanto.

Cuando llegué al departamento se me salía el corazón. Era muy pequeño, pero estaba muy limpio, en buenas condiciones y tenía cortinas, linóleo y refrigerador. En ese entonces pagaba solamente dieciséis dólares al mes. La verdad es que Dios ayuda a los inocentes y a mí me ayudó, ya que cuando pasó lo de la amnistía, yo lo aproveché. Miré en la televisión de mi vecina que los que habían llegado en el ochenta y dos podían ir a arreglar sus papeles. Yo había llegado en el ochenta, entonces pensé: "¡con más razón!" Y ahí voy. Guardaba todos los recibos del dinero que le mandaba a mis hijos y mis cartas en casa de mi comadre, por si me pasaba algo. Las que yo le mandaba a

mi madre se las pedí. Le dije que las necesitaba. Llegaron todas mugrosas, pero eran muy valiosas para comprobar. Todo eso me llevé. Recuerdo que no había nadie, o sea, ningún otro indocumentado, más que yo. Me preguntaron qué quería; yo les dije que había oído lo de la nueva ley y que yo había llegado en el ochenta. Tenía miedo, sobre todo, porque los amigos me habían advertido que no fuera sola, que tenía que ir con un abogado, si no, *la migra* me iba a detener. Pero el abogado cobraba mínimo quinientos dólares, ¿de dónde los iba yo a sacar? Por eso fui sola. No se me olvidará nunca la mirada del agente cuando me dijo que yo era muy valiente. Me extendió la mano para que le entregara los papeles y después de revisarlos, sonrió y me dijo que yo tenía todo lo que se necesitaba. Ese mismo día me dio el permiso provisional y poco tiempo después llegó mi residencia. Así fue que me pude traer a mis otras dos hijas para cuidarlas y para que estudiaran. Yo pensaba: aunque sea con que aprendan el inglés, ya es algo.

¡Cómo quisiera que todo lo que he podido hacer, mucho o poco, lo hubiera podido hacer en mi país! Sin embargo, ahora pienso que de haberme quedado en mi pueblo... ¿En qué hubiera trabajado si no tenía estudios ni preparación? ¿De qué otra manera hubiera logrado sacar a mis hijos con profesión: uno de ingeniero electricista y el otro de técnico en refrigeración? Yo, una mujer sin estudios y sin protección, ya que para muchos yo valía en la medida en que tenía esposo que respondiera por mí. ¿Cómo hubiera podido pleitear con mi marido para que me diera lo que me correspondía y lo que les correspondía a mis hijos, si no tenía dinero? ¿De qué sirvió trabajar desde la mañana hasta la noche para mi esposo y para mis hijos con la idea de formar un hogar; si nunca fue apreciada mi dedicación? Jamás recibí, ni de él, ni de su familia, el mínimo reconocimiento y respeto. ¿De qué sirvió mi abnegación? ¡De nada! Solamente perdí la autoestima y me sentí peor que un animal inservible al que abandonan. De un día para otro, me vi sola, ¡así nada más!, con toda la carga y la responsabilidad de la familia. Si me hubiera quedado, hubiera tenido que estar

de arrimada con mi mamá, y mis hijos de limosneros. De la familia de mi ex marido... ni me quiero acordar. Nunca se condolieron de mí. Siempre le dieron la razón a él. De mí dijeron, y siguen diciendo, que no supe ser mujer para él y que por eso me dejó por otra. ¿Cómo me hubiera podido quedar ahí, en la casa de mi madre, despreciada por ser una carga, por más que trabajara para desquitar?

Aunque esté mal que lo piense, yo creo que ya no voy a regresar, pues primeramente ya tengo a mis hijas aquí conmigo y casadas dos. Ahora voy cada dos años para ver por los que están allá. A veces pienso que pude hacer algo y me siento orgullosa; pero lo que me cala muy hondo, aquí en mi corazón, es haber tenido que vivir este alejamiento de dieciséis años expulsada por la necesidad.

Se levantó de la mesa. Arrancó con el dorso de la mano unas lágrimas que corrían por sus mejillas. Lo hizo con coraje, con rabia. A lo lejos, se oía el ruido de una televisión con la voz del animador de un programa de concursos que hablaba en inglés.

II. Hay que endeudarse

De estatura baja, con los ojos del color de su piel atezada, hirsuto el pelo y de mirada franca, alargó una mano cansada y le dijo al miembro del Instituto de Investigaciones Fronterizas que lo entrevistaba: "Mire, yo soy de un pueblo del estado de Hidalgo; de ahí salen muchos para el norte, para los Estados Unidos, pues. La mayoría van para Texas. Todo mundo piensa que se van porque no hay trabajo en el pueblo, pero... eso no es cierto. Yo sé que usted no me entiende, voy a tratar de explicarme. El que se va y luego viene, ya trae para cumplir sus compromisos y hacerse de algo, ¿ve usted? Si en vez de irse para el otro lado se quedaran aquí a trabajar la tierra, o para alquilarse de peones, apenas sacarían pa'l diario, y ahí se la irían pasando. Esto se lo digo porque me consta. Les ha sucedido a todos en mi familia; la verdad, nunca han podido ahorrar ni un quinto; por *angas*, o *por mangas*. ¿Qué por qué? Pues porque o ya los invitaron a ser compadres y tienen que responder; o porque los amigos, que siempre andan de encaminadores, los sonsacan a *jalar parejo*, o *chiva el que se raje*, y se van a la cantina. O, por lo más común, porque ya salió de encargo la señora otra vez, aunque tengan una prole de cinco. Así, póngale cuantos pretextos quiera. En cambio, si se echan la endrogada de algo, ¡ahí está que tienen que cumplir con la palabra! Casi todos los endeudamientos son por el anhelo de comprarse sus tierras; o para conseguir créditos para la construcción de sus casas; o para los sistemas de riego y volver productivas las tierras de temporal.

Algunos, de plano, se lanzan a endeudarse para realizar el sueño de pagarles la fiesta de quince años o la boda a sus hijas.

Es por eso, y por otras causas principales, que siempre están pidiendo prestado y, como aquí las deudas hay que pagarlas a cabalidad, se tiene la excusa perfecta para poder irse a los Estados Unidos. ¡Sí!, tal como lo oye, hay necesidad de justificarse ante ellos mismos y ante los demás de tener que irse *pal otro lado*. Primero se ponen la presión de la deuda, y ya con ella encima, pues no les queda de otra; se tienen que ir. Llevan la idea de que si trabajan harto van a juntar mucho dinero y pronto van a regresar para pagar lo que deben y hasta les va a sobrar para darse sus gustos. Y... ¡Así mero es! Cuando regresan, inmediatamente se *ponen a mano*. Sin embargo, pasado un tiempo de que llegaron, ahí andan de inquietos nuevamente viendo a ver cómo se comprometen para jalar otra vez para allá, con la ilusión de tener mejor suerte a la próxima. Su máximo deseo es regresar un día manejando su *troca o su van*, o de plano comprársela aquí. Si usted viera cómo habla y se comporta el que la tiene... ¡Entonces usted comprendería lo que digo! Para la gente de este pueblo ir a los Estados Unidos es como un sueño a realizar. Fantasean con tantas historias que van y vienen por cuenta de toda la bola de mentirosos, esos que, en cuanto llegan, luego, luego quieren presumir que ya son diferentes. Se distinguen de inmediato porque se visten muy escandaloso; algunos, los más jóvenes, se ponen unos pantalones ridículos a los que les cuelga el tiro casi a las rodillas. Luego, traen el pelo cortado que hasta ni parecen hombres. ¡De dónde sacan que se ven bien con esas greñas rapadas a los lados y largas por atrás, que les cuelgan como coleta sobre la espalda? ¡Dígame usted qué figuras! Además, se dejan un bigotillo que ni les sale bien. De lado se les ve negrito, pero de frente nomás se les miran tres pelos... La verdad, los hace parecer más mugrosos. ¡Ah!, pero, eso sí, cargan sobre el hombro, a todo volumen, los aparatos portátiles que compraron allá. Hasta parece competencia a ver quién trae el aparato más grande y más costoso. Luego, se ponen a cantar según ellos en inglés. ¡Válgame Dios, cuánto desfiguro! Eso hace que los demás, y sobre todo los chavalillos, se imaginen no sé qué tantas cosas. Como ellos todo lo ven tan fácil con la ceguera de la

juventud...Y, ahí los tiene usted de tarugos, soñando con irse y al acecho de la primera oportunidad.

¡Es puro espejismo! Los viejos, los que ya fueron y vinieron muchas veces, tienen en la mirada el desencanto. ¡Vaya usted a saber lo que tuvieron que vivir en su historia muy personal! Sólo ellos lo saben, pero se lo callan. Es como algo muy íntimo que no pueden compartir con nadie. Lo dejan guardado en el fondo del alma y ahí lo traen clavado. No lo dicen, yo creo que de pura vergüenza que les da imaginarse que se llegue a saber la realidad de lo que pasaron; pues, de esa manera, todo lo que consiguieron reunir y lo que compraron se vendría a ver muy pobrecito a cambio de haberlo pagado con la dignidad. ¡Esa es la pura verdad! Por eso no lo platican, pero... ¡de todas maneras se les nota! Al tiempo se les va saliendo. No en palabras, como ya le dije, sino más bien en los gestos o en el rehuir de la mirada cuando uno les busca la cara para preguntarles cómo les fue con los *gringos* y cómo los trataron cuando los agarraron y se dieron cuenta de que no tenían papeles. Entonces como que se turban, cambian la plática o inventan que se tienen que ir a ver algo urgente. Algunos, a lo más, cuentan su experiencia como si hubiera sido una aventura, que tratan de relatar en forma chistosa para quitarle lo amargo. Yo personalmente he oído cada historia... Unos, han platicado que los perseguió *la migra* por entre los matorrales y los montes, pero que ellos, como son más bajitos, la pudieron burlar al esconderse como conejos en sus madrigueras. Otros, dizque corrieron tan rápido a la hora de la persecución, que hicieron menos tiempo que los de las olimpiadas. Hubo algunos que contaron que les echaron los perros bravos y ellos los despistaron al meterse totalmente en el agua, sumidos hasta arriba de la cabeza y aguantando la respiración y el frío, que hasta se les puso el cuerpo y la cara morada como remolacha. Otros, creará usted, vinieron con el cuento de que fueron muy originales al llenarse de ramas para parecer arbustos y así disimularse en el monte, imitando a los soldados que burlaban al enemigo en una película de guerra. ¡Pero espérese!, hubo quienes, de plano,

dijeron que no les quedó de otra que meterse en los tubos del desagüe y estarse ahí quietos por muchas horas. Dijeron que al salir tuvieron que caminar buen rato con las nalgas pegadas a los talones mientras se les desentumecían las piernas y... ¡oliendo a pura mierda! ¡Imagínese usted! Muchos de los que oyeron esas historias nomás se rieron de pensarlos en esas condiciones y hasta les celebraron la ingeniosidad. Pero fue porque no les contaron lo otro... lo malo pues. No les contaron cómo los menospreciaron. No les contaron cómo, incluso, hasta los negros los discriminaron o los agredieron. No les contaron cómo en muchos lugares, sobre todo en los restaurantes, les negaron el servicio sin darles una razón válida. No les contaron cómo los ignoraron y los dejaron con la palabra en la boca porque decían no entenderles "su inglés". No les contaron cómo fueron víctimas de abuso y de robo descarado cuando, después de terminar de levantar la cosecha durante más de un mes, los mismos que los contrataron los denunciaron en secreto a *la migra*, y así se ahorraron el dinero que deberían pagarles. ¡Negocio redondo! ¿Con quién o a dónde podrían ir a reclamar esos pobres infelices? Y mire usted que estamos hablando del país que vela por los derechos humanos en el mundo, ¿eh? ¿Qué le parece? En fin, que no les contaron cuando los persiguieron y los agarraron por los pelos de la nuca y los aventaron boca abajo con la cara untada a la tierra y les pusieron el pie en la espalda para amarrarles las manos por detrás, mientras los insultaban llamándolos mugrosos y grasientos. Los *migras* buenos, los que no los injuriaron ni los maltrataron, éstos solamente les hicieron cara de enfado y los montaron en unas camionetas, como si fueran ganado, y en cuanto llegaron a la línea los juntaron en bola y los metieron a un cuarto para ficharlos y tener su control. Luego, los llevaron a la línea para que se cruzaran caminando hacia el lado mexicano.

No sé usted lo que piense, pero, yo digo que... Los jóvenes, hombres y mujeres, deberían de saber la realidad de lo que se pueden encontrar allá... así, si se van, pos ya saben a lo

que le tiran: al sueño de su invención, o a la verdad de lo que es. ¿No cree usted?

El investigador del Instituto de Estudios Fronterizos vio cómo aquel hombre se alejaba con paso lento balanceando como péndulo la cabeza gacha, con los puños cerrados metidos en las bolsas del pantalón raído.

III. La desventurada Nicolasa

Me llamo Nicolasa Santos y Santos. He vivido hasta estos treinta años, que cumpliré muy pronto, sin encontrar mi lugar en este mundo: mis familiares, desde que tuve uso de razón, consciente o inconscientemente, me lo hicieron sentir así. No recuerdo haber sentido un verdadero bienestar a su lado, ni siquiera en las Navidades, pues siempre fue muy ostensible la diferencia entre los obsequios que yo recibía, de poca monta, y los que recibían los demás, pensados en función de la persona. Nunca tuve el gusto de estrenar un vestido, porque invariablemente me tocaban las prendas que mi hermana mayor, Manuela, iba dejando, o no le gustaban. Un día, como todas las hermanas del mundo, tuvimos un disgusto por invasión de espacio... por ello, Manuela les pidió a mis padres un cuarto para ella sola. Casi de inmediato sacaron mis cosas y me confinaron a la última habitación de la casa, antes usada como bodega, la cual habilitaron con el mobiliario mínimo indispensable: ni siquiera tenía ventanas o puerta al exterior.

Desde pequeña me di cuenta, perfectamente, de la predilección que siempre sintieron hacia mi hermana. Llegué a sentirme culpable de tener la piel oscura, las facciones toscas y ser baja de estatura; a diferencia de Manuela quien, a decir de algunos, había "abueleado" por el lado de la mamá de mi papá; dicen que era de piel clara y ojos verdes. Contrastábamos mi hermana y yo aún en el color del pelo: ella, con un castaño claro y sedoso que resaltaba el brillo de sus ojos, y yo, oscuro y rebelde. Tan marcada diferencia, hacía que exclamaran frente a Manuela la mayoría de familiares y conocidos: "¡Pero que

guapa estás, muchacha! ¿Cómo es que puedes ser tan diferente de tu hermana?"

Aunque parezca increíble, me sentía orgullosa de tener una hermana tan bonita y de saber que llamaba la atención de otros. Como que decía dentro de mí: "Para que vean que en la familia no todos somos feos".

Cuando me sacaron del cuarto que compartíamos, me sentí de golpe un ser disminuido. Recuerdo que les hice reclamo a mis padres y les eché en cara que no me querían. Ellos me dijeron que estaba equivocada, que siempre volteaba las cosas porque era muy envidiosa. Tal aseveración me creó un complejo desconocido hasta ese momento, o del que tal vez no me había percatado: no solamente era fea por fuera, sino que lo era también por dentro. Durante mucho tiempo no me dirigieron la palabra. Después, sólo me hablaban lo indispensable.

Tuve que aceptarlo: en mi casa sólo había una hija... ¡Manuela! A ella es a quien se le tomaba parecer de cualquier decisión que importaba a todos, incluyendo aquello que me concernía directamente. Yo nunca conté, es como si hubiera sido un extraño que estaba de paso y que de alguna manera los incomodaba. Alguien con quien tenían que convivir, pero que entre menos se hiciera presente, mejor. Nunca lo dijeron abiertamente, pero los avergonzaba por el solo hecho de existir. Sistemáticamente, y sin razón alguna, me negaron privilegios y concesiones que de normal le otorgaban a mi hermana. A mí no se me permitió llevar amigas o amigos a la casa. Jamás me hicieron una fiesta, a pesar de que casi cumplía los veintitrés años cuando me fui.

Cuando andaba en esa edad tuve una reacción, tardía, pero decidida, contra el lastimoso y constante menosprecio que me hacían sentir: opuse una rebeldía ciega a todo lo que se me ordenaba. La relación con mi familia cayó en un círculo vicioso:

ellos a hostilizarme por todo, y yo a no obedecerles en nada. Pero dicen que no hay mal que dure cien años... conocí a Rubén y me encantó burlar a mi familia por varios meses viéndome con él a escondidas. Él me prometió el cielo, la luna y las estrellas si nos íbamos juntos. No lo pensé mucho; primero, porque estaba ciegameamente enamorada: con un amor reprimido que me estallaba en el pecho a base de tanto esperarlo. Y segundo, porque sabía que no les iba a causar una gran pena a mis padres con mi partida, más bien, me daba el presentimiento de darles cierto alivio en un tema que los preocupaba: aquello de que me les fuera a quedar sin casar y, por lo tanto, tuviera que perpetuar mi estancia en la casa. Es más, hasta llegué a imaginar los posibles diálogos entre ellos al verse libres de su "rijosa hija". Sin embargo, en este constante debate de contrastes en mis sentimientos, llegué a pensar, con toda ingenuidad, que al darse cuenta de mi fuga lamentarían y se arrepentirían, en una reflexión profunda, reunidos o por separado, por todo el daño que me habían hecho.

Tan pronto como Rubén afinó los planes para huir elaborados unilateralmente por él, salimos de Nayarit hacia la frontera con los Estados Unidos. Estuvimos algún tiempo en Tijuana y un buen día pasamos al otro lado como indocumentados usando los oficios de un *pollero*, quien nos dejó, según supe después, por el área de San Clemente. No nos dijo nada sobre el lugar en el que nos bajaba, ni nos dio explicación alguna escudándose en la clandestinidad propia de su oficio. En cuanto bajamos del vehículo, éste arrancó a toda velocidad y desapareció. De ahí, Rubén y yo iniciamos una caminata por el campo sin rumbo determinado; era de noche y había poca visibilidad a causa de la niebla.

No supimos en qué momento penetramos a una carretera, y tampoco supimos cómo ocurrió el suceso que cambiaría mi vida en forma tan radical: fui atropellada. No se puede decir que es mejor sufrir un accidente que otro, pero hay algunos con peores consecuencias. Las lesiones ocasionadas por el mío

fueron muy graves porque las más importantes las recibí en la cabeza. Como resultado de dicho percance quedé parapléjica; veo con un solo ojo y estoy totalmente tullida. Quedé confinada a una silla de ruedas, sin poder bastarme ni siquiera para comer por mí misma durante los primeros meses inmediatos al accidente. Rubén, "mi novio", se esfumó esa noche, con todo y que a él no le pasó nada. Me dejó tirada en el pavimento sin prestarme el auxilio mínimo de llamar, o de ir a buscar a alguien para que me lo diera. Fue el mismo individuo que conducía el automóvil que me atropelló quien después regresó y se encargó de lo necesario para mi traslado a un hospital.

Tuve que someterme a múltiples operaciones y terapias de todo tipo por más de seis meses; después de las cuales fui transferida a un centro de convalecencia ubicado en el *Bulevar El Cajón*, hacia el este de la ciudad de San Diego: centro instituido para enfermos parapléjicos o con problemas similares a los míos. Quedé amparada por *Medicare*, que tiene un fondo del gobierno para personas que no tienen seguro por falta de recursos económicos. El Consulado Mexicano en la localidad me puso en contacto con un abogado para que me asesorara desde el punto de vista legal.

También, después de varios intentos, lograron localizar a mis familiares para informarles mi problema. El personal del Centro tomó como algo muy natural que tardaran mucho tiempo en presentarse, pues al juzgar por mi apariencia, pensaron que mi familia era de muy bajos recursos y, en esas condiciones, no les sería fácil trasladarse de inmediato a los Estados Unidos. Yo no les quise decir que no era así; que mi familia era de la clase media y que mi padre tenía un buen empleo en una compañía de seguros. No podía desengañarlos porque tenía miedo de que me echaran de ahí.

Cuando me informaron que mi familia había llegado sentí que se me salía el corazón: la emoción de constatar que no estaba sola en el mundo, que se iba a acabar de una vez por

todas el martirio de vivir entre gente extraña, a la que en el fondo, sabía uno bien, no les importaba mayormente el problema físico y psicológico de los tullidos, me llenó de ilusión a pesar de mi estado. El solo hecho de que dejaría de percibir en el ambiente la incomodidad diaria de saber que mi presencia y el trabajo que les representaba en cierta forma les daba coraje, enfado, o pereza, me aliviaba el alma. Cada cual trae su propio infierno, y el caso es que aquí, en el pecho, no dejaba de sentir clavada como una daga ser una carga para otros. Por esa razón, cuando experimenté, con una fuerza única que no tienen los otros sentimientos, el de la pertenencia a algo o a alguien, una alegría inmensa me invadió. Me llené de vigor para seguir viviendo. Fue como una inyección de energía que me entraba directamente al sistema sanguíneo. Sin embargo, el efecto de esa inyección me adormeció hasta obnubilar mi percepción de la realidad. Por un lado, a causa de la emoción, algo en mi mente anuló lo poco que podía hablar, tal vez por las secuelas naturales del atropellamiento. Por otro lado, porque tenía atorado en la garganta, como una bola de estopa, el enternecimiento que no podía contener de saberlos tan cerca de mí. Estaba decidida a pedirles perdón por mi huida y a decirles con toda sinceridad lo mucho que los quería. En la primera oportunidad lo haría, aún forzando mis cuerdas vocales, si fuere necesario, para que me saliera aquel sentimiento como un grito.

Tan pronto entré al salón de la recepción, vi a mis padres y a mi hermana de espaldas apoyados sobre un mostrador en el cual revisaban papeles. Vi a la enfermera acercarse a ellos para indicarles que me había conducido hasta ahí. Al principio creí que volteaban la cara porque no podían contener el llanto y creí que pasados unos minutos se lanzarían hacia mi silla de ruedas para abrazarme. ¡Pues no! Pasó mucho tiempo sin que ni siquiera me tocaran. ¡Vamos, no pasaron la mano por mi cabeza! No obtuve de ellos ni una señal de lástima. No se les notó la compasión... si es que la llegaron a sentir.

Al percibir tan manifiesto rechazo, volteeé hacia la pared y así permanecí durante todo el tiempo que estuvieron hablando de mi accidente con diferentes personas del lugar y con el abogado que llevó mi caso. Estoy segura de que mi familia no captó mi actitud de dolor, o más bien ni cuenta se dio, o, la verdad, no les importó, debido a que estaban muy interesados en informarse de boca del abogado lo concerniente a los detalles legales del accidente y de las consecuencias del mismo. Pero, sobre todo, indagaban con mucha insistencia acerca del dinero. El abogado, extrañado, no sabía de qué dinero le estaban hablando. Entonces, mi mamá le aclaró: "Sabemos que hay mucho dinero de por medio... ¿cómo van a pagar esto? O, sea, ¿cómo la van a indemnizar?"

Quién sabe cómo se enteraron de que se buscaba una reparación del daño, pero el caso es que, efectivamente, en un principio, basándose en casos anteriores, el abogado pensó que se podía reclamar un monto de hasta un millón de dólares al estado de California por concepto de las lesiones tan graves que sufrí. La base de dicha demanda se asentó en razón de la falta de letreros indicativos de precaución para los transeúntes en la zona en la que fui atropellada. Sin embargo, el estado de California alegó: "Si no hay letreros para transeúntes en ese lugar, es porque esa zona no es para transeúntes. Es una zona militar y está perfectamente señalada la prohibición del paso". El abogado les dio esta explicación y les mostró los papeles con el fallo de la corte en mi contra. Además, les indicó que en el mismo fallo también se eximía de cualquier culpa, por las causas antes mencionadas, al conductor del vehículo que me había atropellado. De todas maneras, les informó que había continuado trabajando en el caso y que había logrado que el seguro me entregara 15 mil dólares. Les presentó los papeles de los gastos que se habían pagado con ese dinero y les dijo que quedaban algunos otros pendientes por liquidar.

Mi familia, notoriamente enfadada por la frustración de sus expectativas, con coraje y sin ninguna consideración, insultaron

al abogado calificándolo de inepto e inútil. Salieron precipitadamente, sin ni siquiera despedirse de mí. Ahí me quedé, creyendo que habían salido a realizar algún trámite. Fue mucho tiempo después, cuando empujó mi silla la enfermera, que pregunté por ellos y la respuesta: "hace mucho rato que se fueron, más de una hora", cubrió mi alma con un manto negro y espeso para toda la vida.

Han pasado seis años desde mi atropellamiento. He perdido la frescura de mi piel; tengo el pelo corto a la nuca, como las presidiarias, seguramente para facilitar su limpieza; parezco una vieja de edad indefinida; visto únicamente con ropa que me regalan por compasión. Ninguna llamada se ha recibido para comprobar si continúo con vida. Una enfermera mexicana, por puro sentimiento de piedad, se hace cargo de mí en esta casa. También, la Cónsul de Protección me visita regularmente. *Medicare* notificó que pronto va a terminar la ayuda que se me proporciona para comida y medicinas. Por lo tanto, mi angustiada situación fue notificada por carta, nuevamente, a mi familia. Como no se recibió respuesta, la Cónsul llamó por teléfono y, después de muchos intentos, logró contactar a mi madre, a quien le pidió, urgentemente, que se presentara en el Centro para hacerse cargo de mí.

—Lo siento mucho —contestó mi madre—, pero nosotros no podemos hacer nada. No la vamos a poder cuidar.

—¡Perdóneme señora! —dijo la Cónsul—, pero... Créame que en todo el tiempo que llevo trabajando aquí, nunca he visto a una familia comportarse como ustedes con su hija enferma.

—Mire señorita —la interrumpió mi madre—, usted no sabe. Ella fue la que se quiso ir y, además, ya es mayor de edad.

—Pues efectivamente no sé —replicó la Cónsul tratando de tener calma—, pero, independientemente de cualquier cosa, este es un caso muy delicado que deben atender como familia

responsable. ¡Es una obligación moral! Por humanidad, ustedes tienen...

—¡Escuche! —la volvió a interrumpir mi madre—, piense lo que usted quiera, pero ya le dije que nosotros no la podemos atender. ¡Además, allá la lastimaron, que allá la curen! —y colgó.

Me informaron que pronto voy a ser trasladada a un Centro de Salud Pública de la frontera del lado mexicano. A mí, la verdad, me da lo mismo. De lo único que tengo mucho miedo, es de todo el tiempo que tengo por delante para pensar... para pensar...

IV. La “Liebre Tuerta”

La pobre criatura fue arrojada fuera del vientre de su madre solamente unas horas antes de que ella, sin ganas de luchar contra la muerte, aprovechara la oportunidad de la hemorragia que se le presentaba para dejarse ir.

Si es cierto, como algunos aseguran que sucede en los últimos instantes que preceden a la muerte, que nos pasa por la memoria como en una película toda nuestra vida, aquella mujer recordaría con toda claridad que vivió una niñez miserable entre la promiscuidad, los malos tratos, la falta de respeto y la vulgaridad. Le vendría a la memoria el paso por una adolescencia llena de confusiones y, pronto, muy pronto, antes de terminar ésta, su tránsito a la tutela de un marido cruel y mentiroso. A los pocos años después de casada se vería rodeada de cuatro hijos demandándole cuidados para los que no estaba preparada. Los oiría llorar y pedirle alimentos y cosas que no les podía proporcionar, a pesar de trabajar todo el día sin descanso. Sobre todo, vería a su marido, quien había adoptado la costumbre de alejarse de la casa sin avisar y aparecer, a decir de él mismo, “cuando se le daba la gana”, sólo para exigirle comida, ropa limpia y sexo, sin otra obligación más que la de botarle por ahí unos cuantos pesos con su característico gesto de hartazgo y cabalgando en la actitud del que todo lo merece y no tiene ningún deber que cumplir. Eso, en el mejor de los casos; porque en muchas ocasiones, de esas en las que aparecía de repente, casi siempre alcoholizado o drogado, gritaba maldiciones a su destino y la culpaba a ella por haberle endilgado esa prole que le había significado tal lastre, que por su



culpa vio coartadas todas sus ilusiones de llegar a ser un hombre de éxito.

Una vez que se convencía con esa tesis, se encolerizaba lo suficiente y le brotaba fácil la violencia que de normal descar-gaba, sin ningún resquemor, sobre su esposa y todo lo que se le ponía enfrente, incluyendo a sus hijos. En ese repaso lento de su desgraciada existencia, la mujer, nuevamente, experimentar-ía horrorizada muchas otras injusticias y arbitrariedades de las que había sido víctima. Por eso ahora, en el quirófano, por fin sentía que podía desembarazarse de un destino adverso y, tal vez también por eso, en el parto de su quinto hijo dejó fluir su sangre y con ella, su vida.

Desgraciadamente el recién nacido arribó con el sino de la fatalidad que le heredaba su madre. De puro milagro sobrevi-vió gracias a los cuidados de su hermana mayor, una chamaqui-ta de apenas trece años. No pasó mucho tiempo para que el padre, en el colmo de la desvergüenza, se volviera a casar. Y no tardó mucho la nueva esposa en perder la paciencia ante el trabajo que le representaban los chiquillos, por lo que comen-zó a dosificar guantazos, sin ningún miramiento de edad o condi-ción de los huérfanos.

No se sabe el paradero que tuvieron los tres hermanos mayores que se fueron de la casa, más bien huyeron, con poca diferencia de tiempo entre unos y otros. De la mayor de ellos se dijo que se casó, o se *arreguntó*, posiblemente para repetir, en un ciclo maléfico, la historia de su madre. El quinto hijo, al cum-plir apenas diez años, cansado de los golpes que le propinaba su madrastra y aplastado por la indiferencia y la furia de su padre, una noche abandonó su casa de un pueblito interestatal entre Sonora y Sinaloa, con el alma atiborrada de rencor. La tarde anterior a la noche de su fuga, su padre estuvo bebiendo. En la medida en la que el alcohol entraba en su sangre, como de costumbre, una oleada de violencia lo invadía. Con los ojos enrojecidos y entrecerrados, seguía con mirada maligna los

movimientos de su mujer. Cuando ella se colocó a su lado y le sirvió la sopa, él, tomando como pretexto que estaba muy caliente, se la arrojó a la cara. La mujer de inmediato se defendió a puñetazos. El Quinto, sentado en una esquina del cuartucho, no pudo esquivar la avalancha humana que en forma de nudo furibundo, acompañado de todo tipo de gritos y palabras soeces, avanzó hacia él atropellándolo. Solamente atinó a cubrirse la cara con las manos. Sin embargo, cuando logró escabullirse y salir huyendo, sus manos estaban llenas de la sangre que le salía de un ojo en el que recibió un fuerte golpe con el codo de su padre.

Inició su desafortunada andanza camino a Tijuana. Durante el viaje pasó una y mil calamidades para poder satisfacer el hambre que lo acosó y para conseguir transporte. Durante uno de los enganches del camino que le dio un trailerero, fue brutalmente violado. Esa experiencia sería determinante en su vida, porque aquel chofer, después de cometer semejante abyección, tal vez para aminorar el peso de su conciencia, o el asco por sí mismo, metió en la bolsa del lúido pantalón del niño un billete de veinte dólares. El daño estaba hecho; la lesión en el cuerpo y el ultraje a la dignidad de un ser humano se cubría, una vez más, con el ignominioso estiércol de cuño corriente.

¡Fue estratosférica la cantidad de dinero para sus pocos años! Con lágrimas en los ojos y el billete apretado en el puño derecho continuó el camino hacia un destino insospechado, pero para el que, estaba seguro, no encontraría misericordia. A partir de ese momento, tendría que prepararse con mejores armas para enfrentarlo. El que busca, encuentra, y el Quinto encontró un camino torcido para, a tan temprana edad, volverse un envilecido.

Apenas cumplidos los trece años, este muchachito, junto con otros tres menores, fue arrestado por la policía de San Diego en el parque Balboa. La captura fue como resultado de

un operativo especial que se implementó para apresar a los implicados en el homicidio de un homosexual. El delito se había producido diez días antes a la aprehensión de los chamaquitos. El reporte del forense estableció que la víctima recibió múltiples heridas con armas punzocortantes de diferentes tipos en varias partes del cuerpo, pero, en especial, le fueron tasajeados los órganos sexuales. Como causa determinante de la muerte, se señalaron diez puñaladas en el corazón.

Después de las investigaciones de rigor, se supo que el Quinto formaba parte de la parvada de niños de la calle, quienes usualmente acostumbraban vagabundear por dicho parque para venderse a los pederastas en el cada vez más floreciente mercado de niños prostitutos. También se supo que, de los cuatro menores de edad, los dos mayores fueron los que planearon el crimen. Al Quinto, a quien el grupo apodó "La Liebre Tuerta", y después simplificaron a sólo "La Liebre" por la agilidad con la que se escabullía, sólo se le encontró culpable de complicidad en el homicidio, porque se comprobó que únicamente echó aguas, o sea, sirvió de vigía.

Fue un crimen por venganza, aseguraba el defensor de oficio —se asentó en actas—, porque no podía alegarse la defensa propia. Los cuatro niños declararon, cada uno por separado, que jamás olvidarían las atrocidades que les infligió aquel individuo depravado, quien, al saber o intuir su condición de indocumentados, aprovechó al máximo su indefensión para someterlos, con lujo de crueldad, a torturas y suplicios mientras los ultrajaba, amenazaba y humillaba de obra y de palabra. Dijeron que todo empezó a fraguarse cuando uno de los mayores vio a "La Liebre" ser *levantado* por aquel miserable a quien ya se las tenían juradas. Poco después, el mayor, comandante del grupo, buscó al niño y dijo haberlo visto *con el mal en la mirada*. Se dio cuenta, al instante, de que a ese pequeño le habían hecho lo mismo que a él. Fue a su lado y empezó a contarle su propia experiencia para darle confianza. "La Liebre" aceptó haber pasado por esos horrores y sentirse muy mal. El mayor

lo consoló al prometerle que las cosas no quedarían impunes. Entraron en más confianzas, y de esa manera supo "La Liebre" que con él, los cuatro habían sido agraviados. Se reunieron varias veces en el que llamaban "su cuartel general", un área hundida en el parque.

Fue en un atardecer, después de fumar y consumir algunas drogas baratas, que decidieron darle su merecido entre todos al infame *maricón*, como era común nombrarlo entre ellos. Aquel día, colmados sus jóvenes corazones del deseo de desquite, sellaron su hermandad con un juramento de su invención. Estuvieron más de un mes al acecho. Sabían que tarde o temprano aquel engendro del demonio, remedo de Sade, saldría a la caza de otra víctima. No tuvieron que esperar mucho tiempo; apareció un anochecer pavoneándose, con el vientre sumido y el pecho botado para que de esa manera se le notara la fuerza en los brazos musculosos que había desarrollado en sus días de *marine*. En cuanto uno de los niños vio que se acercaba, se puso en marcha el plan: silbó con dos tonos cortos y uno largo, que otro repitió y el tercero también. Al escuchar el aviso, "La Liebre" corrió a ocupar su lugar. Desde ahí, la perspectiva le permitía vigilar el área y avisar si veía acercarse a alguien. Los dos mayores rodearon al sodomita, mientras el otro chiquillo, escondido entre los arbustos, lo llamó con susurros: *camán jir, camán jir*, hasta que logró colocarlo en el lugar ideal para la emboscada.

Los llevaron al Juvenile Hall. En un tiempo límite se les fincaron los cargos y les fue asignado un abogado y un *Probation Officer*. Éste fue quien proveyó de todos los elementos de culpabilidad al fiscal. Por la seriedad del delito, el fiscal pidió que se les juzgara como adultos, ya que la legislación de los Estados Unidos así lo permitía. Los presentaron ante el juez con todos los elementos en su contra. El juicio no fue demasiado largo, ya que había pruebas suficientes y ellos se habían declarado culpables. A los dos mayores, tomando en cuenta los atenuantes —por medio de un intérprete pudieron relatar

su experiencia—, no se les sentenció a la pena de muerte, pero el veredicto fue de muchos años de cárcel, casi toda su vida. Para el otro menor, la sentencia fue más leve. Sólo iba a permanecer encarcelado cinco años más, después de haber cumplido la mayoría de edad en el reformatorio. Para "La Liebre", quien fue el único que no empuñó un arma, la pena fue su reclusión en el California Youth Authority, en el que deberá permanecer hasta que cumpla la mayoría de edad.

El padre de "La Liebre" fue notificado. Nada más se alzó de hombros y mencionó que no le interesaba saber de un mal hijo que abandonó el hogar y a quien, desde chiquito, le notó que tenía mala sangre.

El juez designado dijo al finalizar el proceso: "Enterado a fondo de la historia de este niño para sobrevivir, a mí me avergüenza haberlo sentenciado. Algo tiene que hacerse con la ley, pues a mi parecer quienes deberían estar ante la justicia deberían ser sus padres. La historia de 'La Liebre' resume, con este caso, una faceta terrible de la descomposición social de la frontera."

V. El guatemalteco

Era un hombre humilde, de baja estatura y de piel café verdosa. Tenía los ojos chiquitos, pero muy vivaces. Sus facciones en conjunto resultaban en un rostro simpático y agradable. Se llamaba Eusebio. Llegó a los Estados Unidos desde Chajul, población cercana a Huehuetenango, Guatemala, punto de origen de casi toda su familia.

Un atardecer, Eusebio iba muy quitado de la pena en el disfrute del clima de California, a la vez cálido y refrescante, cuando de repente lo sorprendió la patrulla fronteriza. Entonces, tal y como le habían aconsejado otros guatemaltecos que hiciera, pidió asilo político. Quedó bajo la vigilancia de Migración en tanto se resolvía su petición de asilo. Acostumbrado a cruzar las calles sin fijarse, pronto sufrió las consecuencias: fue atropellado por un trailer transportador de verduras y carnes de una cadena de supermercados. Afortunadamente recibió ayuda inmediata y fue conducido al hospital Scripps de la ciudad de La Jolla, donde se le atendió de rotura de pelvis, raspones en todo el cuerpo y lesiones severas en la uretra. Fue necesario ajustarle los huesos con un tornillo en la cadera a la hora de la operación. También se le colocó una sonda para ayudarle a canalizar la orina mientras encarnaba el área lastimada.

A partir del primer día que salió de terapia intensiva, a cualquier persona que se le ponía enfrente le pedía, con insistencia y desesperación, su cartera, a la que llamaba "vaquita". Rogaba para que se la entregaran. Parecía que de tener ese objeto consigo hubiera dependido su vida. Los doctores, acostumbrados a reír tan poco, estaban divertidísimos ante tales

aspavientos y con desvelar el misterio de la famosa "vaquita". Por tal razón, ordenaron una investigación a fondo para localizarla. Iniciaron la pesquisa en admisión de enfermos, pues ahí habían recogido sus pertenencias que colocaron en una bolsa a la que se le desprendió un talón, mismo que se envió al Departamento de Administración para ser adherido a su expediente. Con el número indicado se localizó el casillero y se pudo obtener la cartera. Antes de llevársela, cumplieron con el pedido personal del doctor de avisarle cuando esto ocurriera, porque él quería estar presente. A Eusebio se le iluminó la cara de gusto cuando se la mostraron. Según entendieron con cierta dificultad, porque la mitad de lo que decía lo hablaba en su dialecto y la otra mitad en español y de éste usaba palabras que no tenían nada que ver con su verdadero significado, le habían devuelto su identidad. Con su cartera se sentía importante, pues en ella llevaba la carta-constancia de que había solicitado asilo político. Sin embargo, como no sabía leer bien, no se enteró de que en la misma estaba escrito, claramente, que no tenía permiso para trabajar y de las severas advertencias de las autoridades de migración sobre cualquier violación a las leyes.

Cuando estuvo listo para que lo dieran de alta, el doctor quiso personalmente darle la buena nueva: llegó sonriente y decidido a practicar con él sus dos o tres palabras en español y, con apoyo absoluto en la mímica, con señas exageradas, le explicó que había llegado la hora de quitarle la sonda "yo venir avisarte que ya no ser necesario tubo, que yo arrancarlo definitivamente hoy. Tú ya no tener más problemas con eso", o algo así. Y, que si veía que sangraba un poco, no se fuera a asustar. ¡Exactamente eso fue lo que logró! Eusebio, con los ojos desorbitados después de seguir con todo cuidado el movimiento de las manos del doctor que maniobraban a la altura de su propia entrepierna, como jalando algo, pegó de alaridos, aterrorizado, al tiempo que negaba con la cabeza y con las manos apretándose la sien y entrelazando palabras del español con algunas de su dialecto, y hasta algunas en inglés: "¡No

mister, plis, eso no! ¡Eso no mister! El doctor, alarmado ante tal reacción, pidió urgentemente que le enviaran a alguien para que lo auxiliara en la traducción. Así, el sorprendido doctor se enteró de que Eusebio había malentendido, creyendo que le iba a cortar el pene.

Con el atropellamiento su ropa quedó inservible y fue necesario conseguirle algunas prendas usadas. Los pantalones que le llevaron le quedaron grandes y tenía que sujetarlos muy por encima de la cintura, casi hasta el pecho. Con toda dignidad dijo que eso no se lo ponía. Que prefería salir del hospital con el camisón que traía y que sólo les pedía unos calzones blancos, largos, para hacer juego. Por lo tanto, hubo necesidad de comprarle unos *pants*. Como tenía que seguir yendo al hospital debido a que la pelvis le iba a tardar varios meses en sanar, se buscó dónde colocarlo. Unos norteamericanos ricos, henchidos del espíritu de Navidad, se ofrecieron a recibirlo en su casa. Desde que llegó, sin que ellos se lo pidieran, y a pesar de estar convaleciente, se dedicó a trabajar en la casa: se levantaba temprano y lavaba los coches, cortaba el pasto y paseaba y bañaba al perro de la señora. La pareja estaba encantada y muy agradecida, sobre todo con los cuidados que le daba al perro, pues éste era la adoración de la mujer. Así que, para que no se les fuera a ir, decidieron tratarlo como a un huésped. Le compraron ropa, zapatos y una gorra. Les hacía mucha gracia su ingenuidad y se sentían magnánimos y altruistas llevándolo a todas partes. Asistió a muchas fiestas y se volvió presencia constante en todas las actividades culturales y sociales de la ciudad, a las que dichos señores eran muy afectos. Eusebio, ya muy repuesto, estuvo presente en la inauguración del Convention Center y convivió como uno más de los invitados especiales en el cóctel de bienvenida. En el parque Balboa se presentó una exposición de huipiles y cuando los vio se excitó muchísimo, pues nunca imaginó que se encontraría, en un país tan lejano, algo sumamente representativo de su país. Terminó rodeado de una multitud a la que les explicaba con todo detalle, según él, la forma como se tejen.

Después de dos meses de haber estado en la casa de los Gross, que así se llamaban sus convalidadores, Eusebio les dio las gracias y les pidió que lo llevaran a la iglesia católica. Los gringos lo trataron de disuadir para que no se fuera, pero al ver su determinación, y conociendo su carácter y su seriedad cuando decidía algo, optaron por cumplir su deseo. De la iglesia, se fue con sus amigos guatemaltecos, quienes tenían la costumbre de reunirse afuera del supermercado Big Bear de la ciudad de Encinitas.

Desgraciadamente, Eusebio conoció allí a un abogadillo, de esos que suelen rondar los hospitales para sorprender a los que sufren algún accidente, prometiéndoles conseguir grandes cantidades de dólares de indemnización a través de demandas en la corte. Eusebio, todo ingenuidad, creyó, como muchos otros infelices, en esas promesas. Este vival ofreció ayudarlo a cambio de un porcentaje del veinte por ciento sobre la cantidad total de la indemnización. Como Eusebio no tenía un lugar de residencia que facilitara los trámites del proceso, el abogado decidió llevarlo a su casa. Ahí lo mantuvo encerrado por más de tres semanas, durante las cuales todos los días lo aleccionaba para que se aprendiera una sarta de mentiras que tendría, por necesidad, que repetir ante el juez. Como Eusebio no era mentiroso, el abogado se desesperaba, y un día casi llegó al límite de su paciencia cuando se dio cuenta de que nunca iba a poder convencerlo para cambiar la historia de los hechos ante la corte, pues de una manera o de otra, siempre terminaba diciendo la verdad. Además, se le había venido el tiempo encima al abogado y ya no tenía plazo para poder cambiar el alegato. Por lo tanto, decidió usar otra táctica: con total disimulo, modificó el tono de voz, de normal agresivo a conciliador y amable, para pedirle a Eusebio que tratara de hablar casi todo el tiempo en su dialecto al presentarse ante el juez. Al guatemalteco le pareció bien, pues eso lo ayudaba a expresarse mejor.

Para asegurar su presa a buen recaudo, el abogado dejaba

"al indígena", como él lo llamaba, todo el día encerrado y no le daba de comer sino hasta que llegaban por la noche él y su mujer. El pobre de Eusebio no salía a ningún lado, estaba prácticamente prisionero en medio de una gran cantidad de cajas y objetos inservibles que le pidieron que arreglara en el sótano.

A pesar de que era un hombre sin instrucción, no era tonto; pensó que lo mejor era hacerles creer que estaba muy contento con ellos y con el plan que habían fraguado. Un día, les dijo que ya no quería irse de allí. Entonces, la pareja se confió y terminó por descuidarse. Eusebio aprovechó que estaba la puerta abierta y, mientras sacaban la basura, se les escapó y se fue, nuevamente, con sus amigos del Big Bear. No tardó en llegar allí el abogado buscándolo desesperado y exigiéndole a los guatemaltecos que se lo entregaran. Ellos se lo negaron. El abogado, furioso, los amenazó con denunciarlos a "la migra" si no se lo regresaban de inmediato pues, según sus cuentas, Eusebio le debía más de cincuenta mil dólares por concepto de gastos legales y por manutención.

Uno de los guatemaltecos, que sabía muy bien cómo estaba el asunto, le lanzó una contraofensiva diciéndole que ellos eran quienes lo iban a demandar a él por secuestro; que todos sabían muy bien lo que había hecho y, a cual más, servirían de testigos. Que sus amenazas no amilanaban a nadie y que si su idea era la de demandar... ¡que demandara! Pues, para empezar, Eusebio no le había firmado nada. Agregaron altaneros que, con respecto a ellos, tampoco los intimidaba con sus bravatas, ya que eran asilados políticos. Que conocían bien sus derechos y que, sobre la base de su petición de asilo, iban a demandarlo por el delito de persecución... así que el que iría a la cárcel sería él.

Con la cara abotagada por la cólera, el abogado comprendió que llevaba las de perder. Frunció el ceño de manera sombría cuando le pasó como relámpago en la mente la imagen de estos "descastados" denunciándolo como abogado-buitre y

dejando al descubierto su *modus vivendi*, que de alguna manera lo ficharía ante los fiscales y los jueces. Decidió, contra su propio orgullo, retirarse. Lo hizo vociferando maldiciones y palabrotas en inglés y en español.

Eusebio quería regresar a Guatemala. A sus amigos les decía que él se había imaginado otra cosa muy diferente... que de plano no le interesaba quedarse en ese país. Constantemente insistía en su arrepentimiento por haber dejado a su familia. Decía que los extrañaba mucho a ellos y a toda su gente, que quería volver a su tierra. Les pidió, por favor, que lo ayudaran "pa'echarse pa'trás". Le dijeron que no podía pedir que lo regresaran o lo extraditaran las autoridades porque había pedido asilo político. Que hacer eso, según le habían hecho reflexionar algunos, perjudicaría a sus compatriotas que sí lo necesitaban.

Sus amigos le ayudaron a conseguir *chambitas* para que fuera reuniendo el dinero necesario para su boleto y sus gastos. Así, seis meses después le hicieron una fiesta de despedida en la casa de uno de ellos y lo aprovecharon de correo.

A Eusebio se le recuerda con mucha simpatía, porque siempre preguntaba a unos y a otros: "Oye amigo... dime tú... ¿cuánto se hace de aquí a Chajul en camión?" Invariablemente algún malora le contestaba: "¡Uy hermano... toda la vida!"

VI. Los enredos de Tencha

No he conocido otro caso como el de Hortensia Torres, "Tenchita", como se hizo común llamarla desde que nació. Durante años se le consideró como una persona bien intencionada, de carácter dócil y obediente, pero a quien, por alguna marca extraña en su destino, se le relacionó siempre con enredos muy difíciles de desovillar:

Fui madrina de bautizo y también de los quince años de Tencha como recompensa a la amistad y a la vecindad de mucho tiempo con sus padres en la ciudad de Guatemala. Si tuviera que hacer una descripción exacta de su carácter me sería muy difícil, pues desde su niñez hasta la adolescencia pareció no existir. Sin embargo, de pronto se hizo muy presente por estar ubicada en el centro de algún lío y, las más de las veces, no había intención directa de su parte para ocasionarlo, o al menos así lo parecía. En otros, ni siquiera se enteraba Tenchita del vínculo que la ligaba con lo acontecido, como sucedió aquella noche en la que por primera vez se festejaba el Año Nuevo en forma colectiva por la mayoría de los vecinos del barrio en el atrio de la parroquia. Una delegación de los más respetables se presentó ante el cura y, después de múltiples ruegos, lograron convencerlo para que les permitiera la celebración en ese espacio. Al grupo de feligreses le costó mucho trabajo obtener la autorización de amenizar la fiesta con baile debido a que el sacerdote se rehusaba tajantemente. Era muy celoso del respeto que debería dársele a la iglesia bajo su cargo y de la seguridad de la misma, cuya construcción se contaba entre las joyas de la época de La Colonia.

Por supuesto, los vecinos le prometieron una limosna general para las mejoras del altar mayor y, además, le juraron que respetarían el recinto con su buen comportamiento y con el debido cuidado al lugar. Sin embargo, cuando apenas se habían empezado a tocar los primeros acordes de la primera pieza musical que iniciaba el baile, se escuchó un fuerte tronido seguido de un sorpresivo chisporroteo de electricidad. Ni siquiera las luces de colores que se habían instalado para adornar las paredes, resultado del trabajo entusiasta de los colonos por casi dos días, quedaron encendidas. Por segundos, todos se quedaron estáticos en la oscuridad, antes de que una voz chillona gritara que había fuego.

Con enormes trabajos se sofocó el conato de incendio y la fiesta se fue al traste en medio de los lamentos de la mayoría de los colonos, que tuvieron que irse a su casa cargando todas sus viandas y su frustración en medio de los reclamos del aterrado cura, quien juró nunca más volver a colaborar en ese tipo de fiestas. No se pudo localizar el origen de la falla de inmediato. Sin embargo, se supo más tarde, con toda certeza, que el zafarrancho fue ocasionado por un cortocircuito. De la misma forma se supo que alguien vio a Tenchita cuando tropezó con los cables detrás de la columna en la cual se habían hecho las conexiones. Es más, aseguró el testigo, "hasta tuve que auxiliarla porque se estaba yendo de bruces".

Tendría Tenchita como doce años cuando llegó de la mano de su madre al almacén de ferrocarriles para recoger un bulto que le habían enviado a la señora. Mientras esperaban a que regresara el dependiente con el bulto, a la niña se le hizo fácil meterse a curiosear detrás del mostrador. Iba chupando un *pirulí* largo de colores, que sin querer, al sostenerlo sobre el hombro lo recargó sobre unas tiras de papel ensartadas en un clavijero largo pegado a la pared. El clavijero estaba alineado junto a otros veinte más, también con papelillos ordenados con números y claves marcados en rojo. Varias de esas tiras se le pegaron al *pirulí* ensalivado y, con todo desparpajo, la niña los

arrancó del caramelo, un poco molesta porque se adhirieron con fuerza al dulce. Con dos deditos, el pulgar y el índice, los despegó pedacito por pedacito gesticulando con cara de asco y haciéndolos bola los tiró en un cesto de basura. Lo que nunca llegó a saber Tenchita fue que esos papelitos eran los controles de los vagones de carga y que, cuando se vino el caos, el pobre administrador fue cesado. Se necesitaron casi dos semanas de revisión de las bodegas para localizar la mercancía que se había especificado correctamente en las tiras de papel, que no eran otra cosa que los talones que se desprendían de las órdenes de carga y recibo de paquetería. Tiempos aquellos en que la tecnología de las computadoras no había aparecido como escudo contra las Tenchitas de este mundo.

Recuerdo la humilde fiesta que le hicieron cuando cumplió sus quince años, en la que también celebraban la colocación de Tenchita como sirvienta en una casa muy elegante de la ciudad. Era su primer trabajo y su familia estaba muy contenta. La primera dificultad importante que enfrentó fue cuando no habiendo cumplido ni tres meses en ese lugar, un infortunado día, sacudiendo el polvo de la recámara de su patrona, llamó poderosamente su atención un brazalete de oro con piedras preciosas en forma de argolla cerrada que estaba sobre el tocador. Los rayos del sol penetraban a través de la ventana y golpeaban la joya en un juego de rebote al espejo y éste se ocupaba de lanzarlos en forma de relámpagos y destellos de luz de deslumbrantes colores. Tenchita, hipnotizada, no resistió la tentación y se dirigió al objeto como palomilla hacia la luz. Primero, la jugó varias veces contra el sol y, acto seguido, uniendo los dedos en punta, los introdujo en el aro. Pero su mano regordeta no permitió que la pulsera corriera fácil. Después de muchos esfuerzos, ideó untarse crema hasta el codo. Una vez que logró su propósito de deslizársela a la muñeca, embelesada, se pasó buen rato frente al espejo en la contemplación de la joya: ya se la colocaba bajo la barbilla; ya a la altura de la sien, como si estuviera arreglándose el pelo; o bien pasaba varias veces la mano frente a la boca para observar mejor sus

destellos. Cuando se dio cuenta de que había perdido mucho tiempo, asustada trató de sacarse la pulsera para seguir con su labor; pero si fue difícil la entrada, parecía imposible la salida. Encorvada, con el brazo colgado, luchaba por zafarse del brazalete y, en su desesperación, incluso se ayudaba con las rodillas: Tenchita zapateaba con un solo pie hacia atrás y en círculo, como quien baila una redova norteña. Así la encontró su patrona cuando sorpresivamente entró a la habitación. Se le quedó mirando, pasmada, directamente al brazo con los ojos muy abiertos.

La pobre Tencha, obedeciendo a un impulso natural, sólo atinó a esconder las manos en la espalda, pero, por la cara de espanto que puso, la dueña de la casa creyó confirmadas sus sospechas. A la infeliz sirvienta primero se le fue la voz, luego le vino un tartamudeo y por último soltó el llanto acompañado de ahogos, hipo y explicaciones muy difíciles de entender. Cuando pudo emitir algunas palabras inteligibles, ya estaba frente a la policía. "Únicamente quería ver cómo relampagueaba moviéndola" —repetía entre sollozos y sorbidos de mocos—. Gracias a que acudieron sus parientes, a quienes yo acompañé en mi calidad de madrina, y a que dieron magníficas referencias de ella tanto el sacerdote como el tendero de la colonia, la patrona retiró los cargos de intento de robo. Eso sí, Tencha se llevó una buena reprimenda y, por supuesto, perdió el empleo.

Después de haber peregrinado por varias casas como sirvienta y de haber trabajado en una panadería y en una dulcería, al fin pareció obtener una buena colocación sin tantas exigencias y bien remunerada. Aseaba parte de la casa de una anciana paralítica, quien vivía sola con su servicio. Llevaba dos meses ahí cuando se le ocurrió, siguiendo los impulsos de su buen corazón, prepararle a la viejecita unos merengues iguales a los que había aprendido a hacer en la dulcería y que a ella, en lo personal, le gustaban mucho. La anciana mujer los devoró con tal ansiedad que Tenchita se sintió profundamente

orgullosa de sí misma. Sin embargo, a la anciana le vino un coma diabético fulminante y murió tres días después del atracón de merengues.

La difunta tenía para su cuidado a una enfermera, quien era la indicada de medicarla y darle los alimentos prescritos rigurosamente por su doctor: "La sirvienta no debió haberle dado absolutamente nada de comer en mi ausencia..." decía en los alegatos la enfermera. Sin embargo, una vez hechas las averiguaciones del caso, justamente en ella recayó la culpa por descuido y negligencia; pues, a decir del juez, debió advertir al personal del servicio de la casa la importancia de guardar las indicaciones establecidas por los médicos de la anciana y, muy especialmente, lo relativo a sus alimentos. Así, de nuevo, Tenchita se libró de enfrentar una acusación que, en este caso, hubiera sido por homicidio imprudencial.

Hortensia, para ese entonces, ya tenía novio y transcurrido poco tiempo de este acontecimiento, se casó. Remigio, que así se llamaba su marido, también guatemalteco, la convenció para que se fueran a Estados Unidos a trabajar. A Tencha le hizo mucha ilusión el plan, más que nada porque él le compartió que muchos de sus amigos, quienes habían ido y venido varias veces, le habían asegurado que allá necesitaban muchas sirvientas y les pagaban muy bien en comparación a los sueldos en Guatemala. "Además —le decía Remigio—, muchos guatemaltecos ya están instalados allá y prometen ayudarnos".

En esa confianza, Hortensia y Remigio se fueron e hicieron su entrada a los Estados Unidos por California en calidad de indocumentados. Tenían apenas dos semanas de haber llegado cuando los detuvo un agente del INS (Immigration and Naturalization Service); entonces, de inmediato solicitaron asilo político, tal y como les habían aconsejado sus amigos que hicieran y explicaran, debida cuenta de que la población de la que procedía Remigio estaba totalmente copada por la guerrilla. Para cuando el asilo político les fue concedido, habían pasado diez

meses, durante los cuales les ayudaron a colocarse: Remigio en una cuadrilla de jardineros y Tencha en una casa para servir de nana de dos niños, uno de siete y otro de nueve años. Remigio era un hombre muy trabajador y en poco tiempo pudo pagar una vivienda decorosa para los dos. A este hombre podríamos haberlo clasificado como "persona con suerte" de no ser por haber tenido la mala suerte de casarse con Tenchita, quien atraía los embrollos como el imán al hierro.

Los dos infantes que cuidaba Tencha eran, tal dice el vulgo, unas verdaderas calamidades andantes. Se la pasaron haciéndole maldades a Tencha, quien les vino a caer como anillo al dedo para experimentar en su ingenua persona cuantas diabluras se les ocurrían. Una de las peores fue cuando vaciaron una caja grande de jabón para lavar ropa en la máquina lavatrastos y se fueron a esconder en un lugar estratégico, para desde ahí no perderse ni un ápice del espectáculo por venir. El aparato tenía lista la carga previamente colocada por Tencha, y ella, siguiendo su rutina de trabajo, llegó y apretó, con toda confianza, el botón de encendido, tal y como le había enseñado su patrona. Acto seguido, se encaminó a la recámara de los chicos para asearla. No habían pasado ni diez minutos cuando escuchó el alarido de la señora. Tencha bajó a toda prisa la escalera y vio a la mujer correr hacia ella empavorecida y aleteando como una gallina perseguida por un zorro, y tras ella, una avalancha de espuma blanca que salía de la cocina y amenazaba con inundar toda la casa. Tuvieron que llamar a los bomberos, y tanto éstos como la dueña de la casa le preguntaban apremiantemente a Tencha: "¿Qué ser lo que usted póngale al *dish-washer*? ¿Qué ser lo que usted haber hecho? ¿Por qué no preguntar, si no saber? ¡No estar bien eso! ¿Comprende?"

La pobre Tencha, asustadísima, sólo atinaba a pelar los ojos lagrimientos y a negar con la cabeza, pues de acuerdo a su modo de reaccionar enmudecía en los momentos de pánico. Ante el acoso que sintió para explicar lo que había pasado, sobre todo a los bomberos, quienes la impresionaban dema-

siado con su atuendo, sufrió una verdadera crisis de angustia. A distancia, el par de bribones malcriados estaban divertidísimos observando la escena sin atreverse a declarar la verdad. El bombero comandante del grupo, luego de dispersar a la multitud de curiosos que habían rodeado la casa, regresó al pórtico y se sentó en el mismo escalón al lado de Tencha, con objeto de aleccionarla para que tuviera más cuidado en el futuro. Ella continuaba emitiendo sonidos guturales imposibles de comprender, acompañados de ahogos y frotación despiadada de sus manos. El bombero, usando un tono de voz condescendiente, como el que se utiliza con un pequeñín, le dijo moviendo negativamente el dedo índice frente a su nariz: "*Listen... Never, never do that again. ¿Okay? You must ask first. ¿Okay? Ser mucho malo no preguntar, si no saber, ¿okay?*" A lo que Tencha contestaba sólo con movimientos afirmativos de la cabeza, mientras internamente se cuestionaba si no habría sido ella, en verdad, la que había provocado el problema al apretar otro botón equivocado.

Tencha decidió dejar ese trabajo después de que, un día en el que accedió a quedarse por la noche como *baby sitter* para que sus patrones pudieran asistir a una cena, el mayorcito de los demonios se metió debajo del camastro donde ella dormitaba una siesta y la zangoloteó, al tiempo que el menor, en complicidad, entraba de golpe en el cuarto gritando histérico que estaba temblando. Tencha saltó como impulsada por una catapulta manoteando el aire y parpadeando con insistencia, como queriendo entender dónde estaba y qué ocurría, mientras su subconsciente la aterrorizaba con imaginarios movimientos telúricos de más de ocho grados, pues recién había visto y oído repetidas veces en la televisión que pronosticaban para California la llegada del *big one*. Esto, después de ocurrido el último temblor una semana antes. Tencha, en estado de pavora, pisó en falso sobre uno de sus zapatos y fue a dar al suelo de panza en medio de la confusión y los gritos del par de granujas que le pasaron por encima para salir huyendo. Como ésta, muchas otras travesuras casi llevaron a

Tenchita al asilo de locos. Por eso, tan pronto supo que estaba embarazada, decidió dejar ese trabajo (con todo y el pesar de su patrona que ya imaginaba imposible conseguir persona alguna para cuidar a su par de criaturas), antes de correr el riesgo de perder a su hijo en ciernes.

Muy cerca de la fecha del alumbramiento, alguien le dijo a Tencha: "Mujer, cómo se te ocurre tener a tu hijo en Estados Unidos, ¡es carísimo, sobre todo, cuando no se tiene seguro! Pues, sin él, todo te cuesta miles de dólares... a menos que esperes para cuando ya casi sea la hora y te vayas de emergencia al hospital. Pero como ese truco ya se lo saben los *gringos*, ni con eso te vas a salvar de pagar un dineral. Lo que debes hacer es pasarte a México y tener allá a tu chamaco. Es más fácil por el idioma y, quien quite y hasta te salga gratis". Totalmente persuadida de que eso era lo que mejor le convenía, Tencha, a su vez, convenció a su marido y se fueron a un hospital público de Tijuana. Después del nacimiento de una niña, se regresaron a San Diego, pero... ¡oh pequeño detalle!, no se les ocurrió registrar a su criaturita... Dicen por ahí, que cada niño trae su "torta"; y la chamaquita de Tencha seguramente traía una muy parecida a la de su mamá, ya que casi simultáneamente a su arribo a este mundo llegaron para sus padres los papeles de residencia y a ella no se le pudo incluir en ésta porque no tenía ningún papel que demostrara su nacionalidad. Angustiados por no saber qué hacer, se presentaron en el Consulado Mexicano y ahí contaron su historia y solicitaron ayuda. Se les pidió alguna constancia del nacimiento de la niña en el hospital, pero como Tenchita no le dio la importancia debida al papelito, olvidó dónde lo había dejado. Remigio y su mujer regresaron a su casa muy angustiados y la voltearon al derecho y al revés en busca del comprobante. Después de varios días, por fin lo encontraron en la bolsa de un suéter. Corrieron con éste al consulado, convencidos de que su problema se había terminado.

Sin embargo, se les informó que era necesario pedir un permiso especial a la Secretaría de Relaciones Exteriores para

extenderles el acta de nacimiento de la niña, basándose únicamente en la constancia del hospital. Para que este trámite fuera posible, se les requirió presentar sus respectivas actas de nacimiento, pero resultaron con la novedad de que tampoco las tenían. Y como dicen por ahí: con la pena, pero ese obstáculo no se pudo salvar. Hablaron a Guatemala para solicitar a sus familiares que sacaran unas copias en el Registro Civil, pero, desgraciadamente, el pueblo en el que había nacido Remigio estaba incomunicado por la guerrilla y no había forma de obtenerla por los medios normales. Se llevaron al cabo un sinnúmero de trámites y, año y medio más tarde, se pudo extender el acta de nacimiento de Tenchita chiquita. Todo esto me consta porque yo, junto con la madre de Tencha, fuimos al pueblo a tramitar lo del acta de nacimiento de Remigio, aún a costa de nuestras propias vidas. También me consta lo agradecidos que estaban con México por haberlos sacado de semejante lío.

Remigio y su familia vinieron a pasar una temporada a Guatemala de vacaciones para que los abuelos conocieran a la pequeña, quien recién había cumplido los tres años. La pobre criatura salió con el cuerpo de la mamá y la cara del papá, pero con una sonrisa encantadora. Me dio gusto ver a Tencha sana y rozagante, aunque un poco más gorda. En cambio, al pobre de Remigio lo vi muy avejentado, con la espalda encorvada y el pelo cano. La mamá de Tencha, quien nunca se destacó por tener discreción y buen tacto, al verlo frente a ella exclamó: "¡Pero mira nomás cómo estás muchacho, parece como si te hubiera chupado la bruja!" El hombre trató de defenderse con algún alegato, pero al final sólo abrió la boca por un instante sin emitir sonido. Terminó alzándose de hombros y sumiendo la cabeza al tiempo que jalaba para abajo las comisuras de los labios.

VII. Es su esposo ¿si o no?

Con la mano izquierda en el manubrio de la bicicleta y la derecha ocupada en sostener un envase de plástico con popote, de esos que usan los deportistas para refrescarse, pero en este caso conteniendo Coca Cola con ron, iba José Ubaldo Pedroza Solís por una calle de la ciudad de San Diego, bien borracho. Como el camino era de bajada, tomó velocidad y empezó a culebrear hasta que perdió el control cayendo boca arriba y golpeándose la cabeza con el filo de la banqueta.

Este accidente le sucedió justo cuando creyó que en su vida los malos momentos habían quedado atrás. Antes del percance tenía un trabajo seguro como albañil y pintor, bajo contrato permanente, pues se le consideraba un trabajador muy hábil. Gracias a ello, le habían entregado recientemente su *greencard* y, por lo tanto, podía ir y venir a México cuando así lo quisiera. Tenía amigos, y sobre todo amigas, de los dos lados de la frontera. Obtener todo eso no le había sido fácil: habían transcurrido casi seis años de su llegada a la central camionera de Tijuana, donde lo apercollaron unos tipos en cuanto se bajó del camión. Estos individuos no lo soltaron hasta que lo convencieron de que ellos eran el mejor medio para pasar a los Estados Unidos sin ningún riesgo y por sólo ciento veinticinco dólares, la mitad de lo que le habían dicho que cobraba cualquier "pollero" de la región. Por lo tanto, creyó que ése era su día de suerte. Aquellos rufianes le dijeron que lo más prudente era esperar a que oscureciera para pasarlo del otro lado y, como era muy temprano, lo invitaron a tomarse unas copas. No supo en qué momento se le borró la realidad, o lo que él creyó como tal. No supo, tampoco, cómo

fue a dar a otro tugurio inmundado, casi a las afueras de la ciudad. Ahí se quedó sentado sobre una silla desequilibrada, en un traspatio con piso de tierra y lodo. Tampoco supo lo que allí le dieron por bebida y el tiempo que transcurrió mientras dormía, perdido, con medio cuerpo tendido entre líquido desparrramado y botellas vacías, sobre una mesa de lámina. De lo que sí se acordaría perfectamente y por mucho tiempo, fue de la terrible impresión que se llevó cuando un tipo malencarado lo zarandó y le pateó la silla con fuerza innecesaria, al tiempo que le gritaba: "¡Órale tú güevoncito... lárgate a empiojar a otra parte!" y un sinfín de majaderías, al tiempo que lo sacaba a empellones porque estorbaba a los que estaban montando las sillas sobre las mesas. Salió de allí y caminó por las calles sin saber qué hacer. Era de madrugada y tenía un terrible dolor de cabeza. También el estómago le dolía de hambre, pues no había comido en muchas horas. Buscó dinero con desesperación en su pantalón y en su chamarra, pero no encontró ni un centavo... todo se lo habían robado.

Se la pasó vagando y haciendo indagaciones, hasta que llegó al "bordo". Ahí estuvo sentado todo el día junto con un grupo, en su mayoría hombres, que fue creciendo hasta contarse más de cien. Con algunos entabló plática y por ahí alguien le invitó un taco. Supo de varias experiencias sufridas por ellos, o por otros; historias que van pasando de boca en boca al cruce de la frontera. Le dijeron que estuviera listo para "la hora del lobo": esa hora indeterminada en que ya no es de día, pero tampoco es de noche; esa penumbra en la que parece que nada tiene sombra y a la vez todo parece estar hecho de sombras, para colarse "pal'otro lado". En efecto, llegado el momento, uno de ellos le hizo la seña y José Ubaldo se pegó al grupo que empezó a escabullirse y a dispersarse con sigilo hacia el Cañón Zapata. Tenía que ser esa hora del anochecer, y no otra, pues se le consideraba por la mayoría el mejor momento para burlar, sin riesgos, la vigilancia y la captura de la patrulla fronteriza o, de lo contrario, se hubieran tenido que esperar hasta la madrugada.

Caminó por muchas horas, encorvado, como le habían aconsejado, y siguió a quien parecía muy experimentado en el "pase". Llegaron a un lugar espacioso con varios almacenes tipo bodegas y esperaron en el área del estacionamiento, recargados contra la pared para disimular su presencia. Tenían poco tiempo de haber llegado cuando vieron entrar al terreno varias camionetas con los faros apagados. De ellas bajaron unos hombres de apariencia y acento mexicano-americano, quienes ni siquiera les preguntaron si querían ir con ellos. Como si hubieran tenido una señal previamente acordada, les indicaron, sin hablar apenas, que subieran a los vehículos por la parte de atrás. Con cierta prisa los acomodaron, un poco amontonados, y salieron del estacionamiento con intervalo de cinco minutos entre una y otra camioneta para incorporarse a la carretera. Después de unos veinte kilómetros de trayecto llegaron a una casa, tipo galerón, fuera de la ciudad. En ese lugar, al parecer, se concentraba a los trabajadores desde varios puntos de la región, puesto que de diferentes direcciones fueron llegando más vehículos a descargar ahí oleadas humanas. No les dieron mayor explicación, sólo les sirvieron *chili con carne* en platos de cartón y les facilitaron cobertores y catres extras para pasar la noche a todos aquellos que no alcanzaron literas. Al otro día, muy temprano, salieron con ellos para una colina donde se estaba construyendo un complejo residencial.

José Ubaldo resultó muy capaz para organizarse. Pronto destacó de los demás trabajadores por su habilidad y por lo bien que hacía su trabajo. Cuando necesitaban a un *very good worker*, para un trabajo especial, lo llamaban a él. Un día Ubaldo se acercó al patrón y le dijo: "por qué en lugar de colocar eso así, mejor lo pone atravesado, qué no ve que le da más resistencia y le queda más firme". Al patrón no le gustó, de entrada, que un vulgar albañil le corrigiera la plana y de paso lastimara su orgullo; sin embargo, siendo honesto consigo mismo, reconoció que Ubaldo tenía razón en su lógica natural y sencilla. Así fue como se hizo de cierta reputación y, con el

tiempo, su patrón, para asegurar que no se le fuera, lo ayudó a conseguir su *greencard*.

Salía José Ubaldo un sábado de celebrar con sus amigos la terminación de una obra, cuando le sucedió el desgraciado percance de la bicicleta que lo mandó al hospital con conmoción cerebral. Inmediatamente llamaron a un teléfono que traía anotado en un papel dentro de su billetera como su domicilio. Al día siguiente se presentó una mujer ostentándose como su familiar. En el mostrador de la Administración le solicitaron que llenara la ficha de ingreso del enfermo con todos sus datos. Ella anotó que el enfermo sí tenía "aseguranza" porque era trabajador con contrato. También anotó que ella era su esposa porque tenía de vivir con él cinco años.

Dos días después, se presentó otra mujer, más joven que la anterior, identificándose también como la esposa de José Ubaldo Pedroza Solís; aunque de inmediato aclaró que lo era en unión libre. La joven había hecho indagaciones por su cuenta con los amigos de Ubaldo y fue así que supo lo del accidente. Estaba perfectamente enterada de que José Ubaldo tenía contrato de trabajo y por consiguiente un seguro que lo debería indemnizar. Al querer realizar los trámites correspondientes, esta mujer se desconcertó enormemente cuando la enteraron que ahí, en el hospital, y al pendiente de su marido, se encontraba otra mujer que se había identificado, también, como esposa de Ubaldo. Asimismo, como quien no quiere la cosa, le adelantaron que lo de la indemnización por accidente de trabajo lo veían muy cuesta arriba debido a que el infortunado percance lo sufrió por ir en estado de ebriedad.

De la misma manera, la primera cónyuge, en orden de aparición, se llevó tremenda sorpresa, cuando supo de "la otra", aunque de tiempo atrás ya sospechaba algo.

Para quienes estaban al tanto de la situación, era muy curioso ver a las dos mujeres frente a frente, pero con el largo

pasillo de por medio, enviándose, de extremo a extremo, miradas poco amigables. El cuarto del enfermo quedaba casi a mitad del corredor y ninguna de las dos se atrevía a dar el primer paso para acercarse, por temor a ser agredida por la otra. Así estuvieron por muchas horas, hasta que, aprovechando que salía del cuarto la enfermera, la segunda, al parecer de carácter más decidido, le pidió informes sobre el estado de José Ubaldo. Al ver el arrojó de la mujer, la primera se llenó de valor y se encaminó hacia ellas. Iba a empezar a hablar para llamar la atención de la enfermera cuando se presentó, intempestivamente, otra mujer; demandando a la enfermera, con angustia, información sobre el estado de salud de José Ubaldo, pues decía ser su esposa y madre de sus tres hijos. La primera y la segunda se quedaron heladas. La enfermera chicana empezó a tartamudear en inglés y en español. Entonces la mujer sacó de su bolso unos documentos y los agitó frente a los ojos de la enfermera, señalando éstos como las actas de nacimiento de sus tres hijos y su acta de matrimonio. En eso llegó el doctor y preguntó por la esposa del paciente. La tercera se identificó como tal, mientras las otras dos, aparentando indiferencia, se hicieron para atrás lentamente y, como si se hubieran puesto de acuerdo, se encaminaron hacia la sala de espera.

El doctor le informó a la tercera que, a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho, su marido, desgraciadamente, quedaría afectado de sus facultades mentales debido a que había sufrido una embolia cerebral con graves consecuencias.

La esposa legítima, o al menos la que así lo parecía, no quiso entrar a ver al enfermo. Impactada con la noticia, se quedó sin habla. Fue conducida por la enfermera, en calidad de autómatas, al salón de visitas, y allí le ofrecieron un vaso de agua y un calmante. Desde el otro extremo, sentadas en diferentes sillones, de reojo la estuvieron estudiando con verdadera curiosidad, disimulada, la primera y la segunda. La enfermera las vio y se dirigió, primero a una, y luego a la otra, para darles el reporte médico. Entre tanto, la tercera esposa, con la cabeza

recargada en la mano, en la típica pose de quien está sumido en profundas reflexiones, se quedó sentada en un sofá del rincón. Tal vez repasaba mentalmente lo que había sido su vida al lado de José Ubaldo: las ausencias prolongadas a las que nunca dio una explicación coherente, mas que "por culpa del trabajo"; el abandono, más bien, el desamor que les demostró a ella y a sus hijos para quienes muy rara vez tuvo atenciones y solamente cumplió algunas de índole material y muy limitadas; quizás le llegaban a la mente, con profundo y fundado rencor, las infidelidades de su marido: aquellas de las que pudo enterarse, y otras que supuso. En fin, quién puede decir lo que pasaba por la mente de aquella mujer apabullada por lo que le acababan de informar..., lo más probable es que estuviera pensando con angustia en su futuro; un futuro en el que ya no contaría, para nada, con aquel individuo con el que tuvo realmente muy poco apoyo en los momentos más importantes de su vida, pero a cambio de ese poco apoyo, estaban muy presentes en su ánimo un sinnúmero de agravios. Tal vez estuvo evaluando lo que ganaba y lo que perdía si se iba o se quedaba. Además, no le había pasado inadvertida la presencia sospechosa de las dos mujeres, ni la actitud que adoptaron en cuanto ella llegó. Por un momento, tuvo la idea de encararlas, sin embargo, fue más fuerte su desaliento y su falta de gana para enfrentar un mal encuentro, que su curiosidad. De repente, con un ademán decidido, metió los papeles en el bolso y sin decir absolutamente nada salió del hospital.

Las otras dos "esposas" continuaron visitando al enfermo por varios días. Quizá la presencia de la tercera las animó a dialogar. Al principio, como quien camina en terreno pantanoso, poco a poco aclararon posiciones sin agredirse y solamente se preguntaron una a la otra sobre detalles y datos sin importancia. Pero, a medida que fueron tomando confianza, decidieron hablarse con toda franqueza:

—Lo mejor es que se quede contigo —decía la segunda—, porque yo no tengo papeles y no pienso estar mucho tiempo

aquí. ¡Entiéndeme por favor!, trabajo de entrada por salida en diferentes casas a las que no puedo fallar..., tú sabes que cuando uno se compromete y no cumple, aquí te corren sin darte nada de nada. Si se enojan, te expones a que te denuncien con "la migra". Mira, apenas me alcanza para vivir. Es que tú no sabes..., pero tengo que enviar, sin falta, para los gastos de mis dos chavos que dejé en Morelia. También tengo deudas que cubrir aquí y...

—Perdóname *manita*, pero yo tampoco me puedo quedar con él —decía la primera—, trabajo todo el día y no regreso a la casa sino hasta la noche. Yo de plano, ni tengo dónde ponerlo, ni puedo atenderlo. La verdad es que Pepe Ubaldo va a necesitar de cuidados especiales y, por lo que hemos visto, parece que se le tiene que dar hasta de comer en la boca. Es más, dijeron que ni siquiera va a poder ir al baño solo. ¡Imagínate! Yo te voy a ser muy sincera, me da mucha pena el pobre pero... ni puedo darle esos cuidados, ni puedo pagar para que se los den.

Dos meses después, la trabajadora social escribió su reporte final en el expediente de José Ubaldo. En él establecía que había fracasado en la búsqueda de un pariente que se hiciera cargo del paciente. También escribió y subrayó que, no habiendo encontrado quien lo reclamara oficialmente, fue necesario enviarlo a una institución pública para enfermos mentales.

VIII. Francisco

—**C**reo que tiene entre veintiséis y veintiocho años —le decía al doctor, en voz baja y en inglés, la enfermera voluntaria del lujoso hospital de La Jolla, quien en ese turno auxiliaba con la traducción al español a los enfermos de origen hispano—. Su nombre no se sabe de momento, ni creo que se sepa realmente, a menos que se haga una investigación por Servicio Social, o que él acepte hablar. Entre su ropa sólo traía una carta, sin sobre y muy maltratada, en la que no se puede leer lo que está escrito.

—Está bien —dijo el doctor, con la mirada fija en los ojos de la enfermera—, le voy a pedir, por favor, que le explique que va a ser necesario amputarle el pie derecho y media pierna izquierda; de otra manera la infección subiría. Hemos evaluado su caso y no existe otra forma de salvarle la vida. Tiene que darnos su autorización... ¡Muy pronto!

Francisco, a secas, dijo llamarse el enfermo, mucho tiempo después. Al cabo de infinidad de interrogatorios se supo que llegó a Tijuana como tantos otros mexicanos atraído por la ilusión de pasar "al otro lado" en busca de dólares, que sabía, se podía ganar con su trabajo; que él ya tenía experiencia "de bracero" por haber estado en Óregon y en algunos aserraderos del norte de California; que la primera vez pagó mucho dinero a un "pollero" para que lo pasara de Tijuana a San Diego, casi sin correr riesgos; que de tanto andar por ahí y por allá, se enteró que había otras maneras de internarse al país vecino sin pagar ni un centavo, pero, eso sí, corriendo riesgos mayores y hasta jugándose la vida, como en esa última vez en la que

decidió pasarse *de mosca* colgado del tren; que el cansancio lo venció y no supo en qué momento se quedó dormido; que la caída, la forma en que rodó, el golpe en un tobillo que alcanzó a rebotar contra la rueda, y su otra pierna contra la vía del tren, fueron imágenes de sí mismo que recordaría, como en una pesadilla recurrente, por mucho, mucho tiempo.

A dos días de su ingreso al hospital y habiendo dado su autorización por medio de una cruz y su huella digital, en lugar de la firma, le fueron amputados el pie izquierdo y el pie y la pantorrilla derechas. Inmediatamente que despertó de la anestesia, se procuró hablarle en español para hacer menos extraña su situación y, sobre todo, para ayudarlo a resistir su realidad. Pero él se cerró como una ostra. Ni siquiera miraba a quienes le hablaban. Todos los días se le trataba de confortar. Se le pidió que tuviera confianza. Se le dijo que no estaba solo, que había muchos compatriotas para ayudarlo. Se recurrió a un sacerdote bilingüe, quien le contó de muchos casos en los que las personas, incluso en peores situaciones a la suya, habían superado su tragedia y se habían reintegrado como seres productivos a la sociedad. Pero, eso sí, requería mucha fe en Dios y en sí mismo. Se le explicó la necesidad de saber bien su identidad y la de sus familiares para facilitar el otorgamiento de un permiso especial, ya fuera para su esposa, su madre o quien él quisiera que estuviera a su lado parte del día. No escuchaba. Su actitud era hostil y silenciosa. Parecía estar receloso de todo. No era difícil imaginar que tenía mucho miedo.

La labor de convencimiento surtió efecto algún tiempo después. Así se supo que era de origen huichol; que se llamaba Francisco; que se había "colado pa'ca" —como él decía— por el lado del aeropuerto y, luego de caminar muchos días, fue que se colgó del tren para irse otra vez al norte. También dijo que no tenía familiares. Más tarde, admitió ser el menor de diez hermanos. No sabía bien su edad, pero dijo que calculaba andar entre los veinticuatro o veinticinco años. Confesó que se había ido de su casa cuando tenía quince años porque su

mamá, después de que se murió su papá, decidió "arreguntarse" con otro señor. Aseguró que no se le podía avisar a su familia porque era muy difícil localizarla, ya que vivían en un lugar muy apartado, metido en la selva, al que solamente se podía llegar en burro o a caballo.

Francisco tuvo la suerte de ser atendido por un doctor de calidad humana extraordinaria, quien una vez terminada la intervención quirúrgica dio instrucciones de que se le localizara de inmediato si se presentaba cualquier anomalía en los síntomas. Se mantuvo siempre al pendiente de la evolución de Francisco, aún cuando estaba fuera de la ciudad.

Al cabo de algunos meses en el hospital, el propio doctor lo ayudó a obtener prótesis provisionales para su rehabilitación, y para su convalecencia le consiguió que fuera admitido en una casa de reposo, de las que provee el gobierno para los minusválidos e incapacitados. Desgraciadamente la casa era fea y lúgubre; sin embargo contaba con todo lo necesario para la atención de los enfermos. Ahí se le ubicó en el segundo piso en calidad de provisional, contraviniendo las leyes que establecen que: "...a ningún inválido se le deberá colocar en pisos altos", porque en ese momento no había espacio en la planta baja. Pero como le tocó un cuarto propio, con baño, en cuanta ocasión hubo posibilidad de cambiarlo a la planta baja, él se negó rotundamente a bajar.

Su doctor enviaba una ambulancia por él para llevarlo al hospital a sus revisiones periódicas. Cuando por primera vez llegó al consultorio, Francisco se entusiasmó al ver los carteles alusivos a la exaltación del espíritu de los mutilados, con ilustraciones pensadas para motivarlos a no sentirse menos que los demás por usar prótesis. En esos anuncios se les incitaba a vencer sus temores y a sentirse útiles como cualquier otra persona. Francisco pronto se dio cuenta de que su realidad era otra, pues sus prótesis no eran como las de los pósters: las ahí estampadas eran muy sofisticadas y, por supuesto, muy

costosas. Por otra parte, debido al temperamento y la forma de ser de Francisco, ni aún con esos aparatos se le hubiera podido ayudar: No tenía dentro de su espíritu la voluntad ni el coraje necesarios para superar su situación. A todo programa que se le presentaba, oponía resistencia. Se le trató de habilitar en la enseñanza de lo más elemental; no puso empeño ni siquiera para aprender a leer y a escribir. Se fue haciendo muy difícil tratar con él porque se volvió receloso y en ocasiones agresivo verbal. Pasaba días sin ponerse las prótesis y quería que todo se lo hicieran. Se fue tornando en un ser mañoso y taimado. Decía que todo le daba igual y se volvió un caso exasperante para quienes lo tenían que atender.

Algunos meses después, Francisco entró en una grave depresión, la cual se manifestó, sobre todo, en un mutismo enojoso. En las visitas periódicas que se le hacían, tanto por el lado del Servicio Social como del voluntariado, los reportes sobre su evolución eran siempre los mismos "mantiene cerrado cualquier canal de comunicación". Con infinita paciencia una de las voluntarias logró, a cuentagotas, sacarle algunas palabras. Éstas sólo sirvieron para que se quejara amargamente de todo lo que recibía. Decía que no quería estar más en ese lugar porque estaba lleno de viejecitos abandonados que apestaban, igual que la casa, a puros orines. Que no le gustaba la comida en general y las cenas en particular. Decía también, que lo amargaba mucho ver sus muñones y recordar cuando estaba completo. Odiaba estar encerrado en ese lugar y que ya no aguantaba más, que prefería estar muerto.

Ante tal actitud de animadversión, con una buena dosis de desplantes de desprecio infinito hacia sus semejantes, pero sobre todo con una marcada desvalorización y disminución de sí mismo, se le tuvo que hablar seriamente de la realidad que tenía que aceptar, porque no estaba en condiciones de exigir más de lo que se le estaba proporcionando. Se le aclaró que no se le iba a poder reubicar en ninguna otra parte debido a su calidad de indocumentado y por estar bajo la vigilancia de

Migración. También se le dijo que su situación transitoria en ese lugar pronto llegaría a su fin, pues recién les había llegado el aviso de la fecha cercana de su repatriación. Que tuviera paciencia.

Como un intento más para motivarlo a mejorar, se le presentó a Camilo, un chico mexicano optimista y simpático que había sufrido una experiencia muy similar a la suya, y quien, al igual que él, usaba prótesis. Eran muy semejantes en edad, apariencia, modo de hablar y hasta en el corte de pelo; parecían hermanos, sin embargo, eran tan diferentes como pueden serlo un perro y un lobo.

“No es el fin del mundo –le decía Camilo al señalar su pierna–, mírame, hace mucho tiempo que traigo esto, y créeme, ya se ha vuelto parte de mi cuerpo. Sólo tienes que echarle ganas al principio y ya verás que después ya no te importa tanto. Dentro de poco vas a tener que dejar este lugar y lo más probable es que te regresen a tu pueblo... ¡Qué mejor que llegues rehabilitado y valiéndote por ti mismo! Si no cuate, entonces...¿qué vas a hacer?”

–Yo saliendo de aquí, me voy a dedicar a lo que deja harta lana. Voy a volver a vender droga otra vez, contestó Francisco con el tono de voz de quien amenaza.

–Pero, ¡mira! Todo lo que te ha pasado, en parte ha sido por querer obtener el dinero fácil y rápido. ¿Qué no te das cuenta? Sería lo peor que pudieras hacer... eso ni lo digas. No más caes en manos de explotadores que quieren enriquecerse a costa de tarugos como tú, que son los que siempre pagan el pato. A esos, a los verdaderos traficantes, nunca los agarran. Entonces sí que te arrepentirías...

–De lo único que me arrepiento es de no haber ayudado a mi madre y a mi familia cuando me fue bien y gané mucho

dinero. Ahora... con qué cara puedo ir a buscarlos. ¡Cómo voy a llegarles así, todo mocho! ¡No! Ya no puedo regresar.

En esa casa de asistencia la gente lo llegó a querer por encima de los otros minusválidos, pues, por alguna razón desconocida, les inspiraba mucha lástima. Los viejecitos preguntaban siempre por él y había una chica, tal vez no muy atractiva, pero, eso sí, muy simpática, que lo visitaba a menudo en su cuarto. Al decir de algunos, ella y Francisco llegaron a ser amigos íntimos. La muchacha era la única persona que lograba que se aseara y se pusiera sus prótesis. Sin embargo, a raíz de la última depresión en la que cayó, ni siquiera a ella le abría la puerta.

Al cabo de seis meses ya no había excusa para que siguiera permaneciendo en ese lugar. Se le daría de alta y, por lo tanto, se le pediría, por parte del Consulado Mexicano, que designara el lugar para su repatriación. Entró en un estado de inquietud alarmante y se negó a dar cualquier información que hiciera más fácil el trámite. Ante la decisión de la autoridad de Migración Norteamericana de entregarlo al hospital de Salubridad y Asistencia de México más cercano a la frontera, Francisco reaccionó y pidió que se comunicaran por teléfono con una señora de Tijuana. Cuando se localizó a dicha mujer, ésta aceptó conocerlo, pero, dijo que no podía responder por él y que "por favor no la volvieran a molestar".

Francisco, tratando de evadir la repatriación, confesó a la voluntaria encargada de su caso que él ya había sido aprehendido por la policía de Los Angeles y, también le dijo, que había pasado tres años preso en Mexicali por hacerla de *mulo* transportando droga. Que por eso no podía regresar a su país, porque estaba fichado y tenía mucho miedo de que lo volvieran a "entambar".

En cuanto se hicieron algunas gestiones por parte del Consulado, se le ofreció enviarlo a Nayarit; ahí, el Gobierno del

estado lo ampararía a través de un programa de protección al indígena. Tampoco quiso. No daba una solución, ni presentaba alternativa al hecho inminente de su regreso a México.

La tarde del día que se le avisó que definitivamente iba a ser repatriado, usando como locomoción su silla de ruedas se lanzó a la calle y se cruzó al paso de un automóvil. El conductor del vehículo, afortunadamente, frenó a tiempo y no llegó a golpearlo. Al oír rechinar las llantas salieron muchas personas de la pensión a ver lo que había pasado. Regresó a la casa en medio de severas reprimendas y amonestaciones de los cuidadores y de la encargada de la institución, quien no dejaba de gritarle que por su irresponsabilidad había expuesto la vida de otras personas. Para Francisco, necesitado urgentemente de ayuda psicológica, el fracaso de su intento fue la gota que derramó el vaso de su amargura. No contestó nada, ni dio ninguna explicación a su proceder, por más que se le interrogó por parte de los cuidadores y de la policía. En los reportes asentaron: "Ni siquiera voltea a ver a quien le habla". Al otro día, usando unos cordeles que le habían proporcionado para tender su ropa lavada, amaneció colgado de la ventana central de la fachada del edificio.

Por más investigaciones que se hicieron, no se pudo contactar a ningún familiar para entregarle el cadáver. Se esperó el tiempo de ley. Después, fue sepultado en la fosa común.

Lo más probable es que ni siquiera se llamara Francisco.

IX. Una sonrisa generosa

Eran siete mexicanos, oriundos de Oaxaca, quienes acordaron una tarde de verano de 1993 pasar como braceros a los Estados Unidos saltando la barda de acero que levantó, como línea divisoria entre San Diego y Tijuana, el INS (Immigration and Naturalization Service), con los desechos de la guerra del Golfo.

“El Muro de la Tortilla”, como lo llamaron de inmediato algunos periodistas, fue estudiado cuidadosamente palmo a palmo a lo largo de varios kilómetros por los siete oaxaqueños, a fin de marcar algunos puntos como “probables” para por ahí internarse al otro país. De acuerdo al plan decidieron saltar a la misma hora, pero cada uno por separado y por diferentes puntos, con objeto de encontrarse más tarde en una dirección determinada en las goteras de la ciudad de San Diego.

La casa que sería el punto del encuentro pertenecía a otro oaxaqueño al que llamaban “El Padrino”, quien había entrado en iguales circunstancias a ellos, muchos años atrás. El Padrino, a su debido tiempo, se acogió a la amnistía y, gracias a ello, logró obtener su residencia. Una vez instalado apropiadamente, se dedicó a recibir en ella a sus paisanos indocumentados amparándolos a la llegada y extendiendo el padrinazgo hasta colocarlos en diferentes trabajos de acuerdo a sus habilidades. Se mantenía al tanto de las oportunidades de trabajo en las que se requería de mano de obra barata. “¡Hay mucha oferta, lo que se necesita es saber por dónde!”, decía El Padrino. Normalmente los colocaba para realizar labores de jardinería, para

la limpieza en los restaurantes o en las cocinas de éstos, como lavaplatos; y los menos, en obras de construcción o en gasolineras, debido a que, por la labor misma, estaban más visibles al público y por lo tanto factibles de ser capturados por los agentes de Migración.

Con diferencia de horas fueron llegando los miembros del grupo de los siete a casa de El Padrino durante la noche. Se les veía agotados, nerviosos y debilitados, pero felices de encontrarse a salvo y "del otro lado". Pasado algún tiempo, el grupo estableció la costumbre de reunirse mínimo una vez al mes con El Padrino, a quien le gustaba mucho tomar ron y comparirlo con sus amigos hasta ponerse tremendas guarapetas.

Nicandro, uno de estos siete, salió de una de esas juergas muy borracho, tanto, que no se fijó que se encaminaba por un terreno muy accidentado. Un pie se le metió de lado en una zanja y perdió el equilibrio. Trastabilló y se tropezó con sus propios pies y rodó al fondo de una zanja, hasta caer de espaldas sobre unas piedras, y ahí se quedó tirado, sin poder moverse, por casi tres horas. Sus amigos ni siquiera se dieron cuenta de que faltaba en el grupo y lo empezaron a buscar ya muy de madrugada. Cuando lo descubrieron, inmediatamente se organizaron para el rescate. Mientras unos lo sacaban, otros, por ignorancia, o más bien por temor, fueron por un coche para transportarlo, en lugar de llamar a una ambulancia. Lo cargaron entre cinco en forma desordenada y de la misma manera, pero agregando desesperación por los varios e infructuosos intentos, lo metieron al asiento trasero del automóvil acostado de lado y con las piernas encogidas. El doctor diría más tarde que la forma en la que lo trasladaron contribuyó severamente a que se agravaran las lesiones que sufrió en las vértebras cervicales, que al final, y a pesar de todo el esfuerzo médico para ayudarlo, lo dejaron parálítico para siempre.

Cuando ingresó al hospital de la ciudad de Chulavista, se buscó por todas partes a las personas que lo llevaron, pero

misteriosamente habían desaparecido. Entonces, le preguntaron a Nicandro por algún familiar. Era necesario que uno de ellos estuviera enterado de que se le intervendría quirúrgicamente en una operación que sería muy larga y delicada. Nicandro les aseguró que tenía dos hijos que vivían y trabajaban en los Estados Unidos desde hacía muchos años, pero que no sabía de memoria ninguna dirección o teléfono para localizarlos. El doctor, urgido, porque no podía esperar más tiempo para pasarlo a cirugía, con ayuda de un traductor y dos testigos le pidió su autorización para operarlo. El traductor también ayudó a saber que Nicandro había llegado a San Diego con la intención de saber —según sus propias palabras—: “¿Qué de mis hijos?”. Era originario de Huajuapán de León, Oaxaca; era un típico campesino mixteco que hablaba más el mixteco que el español; medía un metro sesenta y dos centímetros y tenía aproximadamente cuarenta y cinco años. No tenía señas particulares. Lo que sí tenía era una sonrisa única, permanente, con la que demostró siempre que no hizo conciencia exacta, en ningún momento, de su tragedia.

Cuando salió de la operación, uno de los hijos estaba allí. Los amigos lo habían localizado y le habían informado del perance de su padre. Al otro lo pudieron localizar gracias al hermano en la ciudad de Chicago. Como no se pudo hacer contacto personal con él, se le dejó el recado con el amigo que contestó la llamada; sin embargo, jamás se presentó o se comunicó.

Mientras algunas personas durante mucho tiempo no pueden adaptarse a un estilo de vida diferente, hay otras que tienen una capacidad de acoplamiento inmediato. Este fue el caso del hijo de Nicandro, el que sí se presentó. Al poco tiempo de haber llegado a los Estados Unidos, podrían contarse algunos meses, se mimetizó como cualquiera de sus paisanos que llevaban muchos años de vivir allí. De inmediato, dejó que le creciera la barba tipo “piochita” en el centro del mentón, en la que desgraciadamente se le veían sólo tres pelos, no a

propósito, sino que eran todos los que le salían. El corte de pelo lo llevaba rapado a los lados, algo así como tres centímetros arriba de las orejas y, a partir de ahí, en forma sorprendente continuaba largo y desvanecido hacia atrás hasta rematarse en una colita como de diez centímetros, que se desparramaba de la nuca a la espalda. Los pelos los untaba, con algún propósito desconocido, con un producto que les daba la apariencia de estar permanentemente mojados. Gastaba un bigote ralo, cuyos pelos más largos sobre las comisuras, permitía calificarlo de "bigote aguamielero". Usaba un chaleco únicamente, o sea, sin camisa debajo. En la cabeza se ponía un sombrero tejano negro, adornado al frente con chapa de metal con la imagen, en relieve, de un toro. Parecía que había pagado mucho dinero por las botas que calzaba, pues eran de piel prensada, muy trabajadas y con punteras y taloneras de metal dorado. Al principio visitó a su padre con cierta frecuencia, sin embargo, como le informaron que Nicandro requería de varias operaciones y su estancia en el hospital iba para largo, dio como pretexto su trabajo para espaciar las visitas en las que se aburría mucho.

Pasó el tiempo y Nicandro tuvo que ser trasladado a un hospital público en la ciudad de Tijuana para que ahí se continuara el tratamiento y la terapia recomendada por los médicos que lo operaron, con objeto de que sus miembros no se le atrofiaran por la inmovilidad. La representación consular mexicana llevó a cabo las gestiones necesarias para que lo recibieran en una fecha y en una hora determinada. Llegado el día, se trasladó a Nicandro en una silla de ruedas con aditamento especial para mantenerle la nuca firme. Al llegar al hospital de Tijuana, cuatro personas más el enfermo se presentaron en la recepción.

—No tenemos anotado aquí a ningún enfermo de ese nombre —dijo la recepcionista.

—Pero, señorita, no puede usted decirnos eso —alegaba el

responsable del traslado y jefe del grupo voluntario—, se nos dio por parte del hospital el día y la hora exacta para recibirlo.

—Pues vayan con quien se los dio, porque yo no tengo anotado nada en el registro... y si no está la orden para su ingreso, no se le puede recibir —sentenció la chica.

—¿Quién es el que está a cargo del hospital? —preguntó nuevamente el responsable, con los documentos en la mano.

—La oficina de la dirección está allá —señaló el lado izquierdo del pasillo—, pero ahorita no se encuentra la autoridad.

—Y, cuando no está esa autoridad, ¿quién la suple?

—Mire, por qué no se van a la oficina y ahí lo esperan —replicó un poco nerviosa la muchacha.

El grupo estuvo buen rato frente a la oficina. Algunos parados, otros caminando de un lado a otro del pasillo y el parálítico echándose una siesta. De pronto alguien dijo que la autoridad ya estaba de regreso. Se le expuso el caso y aceptó el ingreso de Nicandro. Sin embargo, advirtió que se le asignaría una cama en terapia intensiva únicamente mientras se le podía asignar una cama regular. En ese infortunado lugar permaneció el oaxaqueño varios meses, durante los cuales recibió una atención pésima. Se llenó de llagas en la espalda y en las piernas y enflacó de una manera alarmante, puesto que requería que lo cambiaran de posición constantemente y ahí no se lo podían hacer, porque, según dijeron después, no contaban con personal y, también, por las carencias propias del hospital.

Nicandro estaba siempre boca arriba, desaseado y las colocaciones ortopédicas para su cuello no se las ponían. Se presentó la queja al médico de guardia, quien contestó que ya se había hecho la solicitud para que le aplicaran terapia, pero desgraciadamente el hospital estaba lleno por causa de las

inundaciones y los deslaves y su personal era muy escaso, y con más razón el especializado. Agregó que ese tipo de terapia normalmente la hacen los propios familiares de los enfermos. Para esto, Nicandro no se quejaba, pues como casi no tenía sensibilidad en el cuerpo, no era acosado por dolores insoportables. Su hijo, el de las botas con bollones, creyó que porque su papá ya estaba en un hospital y siempre estaba sonriente, él podía desentenderse de la responsabilidad.

El grupo de los cuatro que llevó a Nicandro, al enterarse de la situación, aceleró los trámites para trasladarlo a Oaxaca e internarlo en una clínica del Seguro Social cercana a su pueblo. Al menos ahí vivían su mujer y tres hijas que podrían hacerse cargo de él y hacerle su terapia. El enfermo tuvo que pasar otros veinte días en esa lastimosa situación, aunque mejor atendido, durante los cuales se hicieron todas las diligencias y gestiones necesarias para trasladarlo en avión hasta Oaxaca y de ahí, en ambulancia, a Huajuapán de León.

Cuando avisaron que todo estaba arreglado, se presentó la comitiva de los cuatro voluntarios originales para sacarlo del hospital y llevarlo al aeropuerto de Tijuana, en donde les advirtieron que deberían presentarse cuando menos con dos horas de anticipación al vuelo, con objeto de colocarlo y sujetarlo en forma especial en su asiento.

—¿Cuál enfermo? Aquí no hay ninguna salida para ningún paciente de ese nombre —dijo tajante el encargado del turno en el hospital.

—¿Qué piso y qué número de cama dice? —preguntó también la jefa de enfermeras, un poco molesta porque a ella no le habían notificado "la alta" de ese enfermo.

—¿Con quién dicen que hablaron? —preguntó, sorprendida, la enfermera en turno, quien fue llamada a su vez por la jefa de

enfermeras—. Yo la verdad acabo de llegar y no está anotado en el reporte nada respecto a ese enfermo.

—A ver, déjeme checar —dijo muy circunspecto el médico de guardia.

Para ese momento, la paciencia de la delegación desapareció. El responsable del grupo agitó el boleto de avión en el aire y, con los ojos enrojecidos y voz amenazante, gritó que ellos serían los únicos culpables ante la Representación Consular de México en San Diego y el Gobernador de Oaxaca, quienes se habían coordinado para el traslado de Nicandro. Que por su abulia y su inaudito desorden se iban a desperdiciar todos los esfuerzos realizados por mucha gente.

El doctor, al ver lo poco amable que se ponía la situación, aceptó dar la responsiva. Los de la delegación, con los nervios de punta, se encontraron ante la disyuntiva de, o darle las gracias al doctor, o de plano, mentarle la madre. Optaron por no decir nada, tomaron el papel y corrieron por el enfermo.

Iban en la ambulancia "como alma que lleva el diablo", el chofer, el camillero, Nicandro y su hijo. Los seguía muy de cerca una 'van' con el grupo voluntario. De repente, la ambulancia, en forma inaudita, se desvió y entró en una gasolinera.

—¡Oiga! ¿Por qué se metió aquí? —le gritó el responsable al chofer de la ambulancia.

—Pos... por qué ha de ser... ¿Qué no ve que ya no traemos gasolina? Y si no le ponemos, ¡pos no llegamos!

—Pero, ¿por qué durante todo el tiempo que estuvimos en el hospital no fue usted a cargar combustible?

—¡Oh! Pos... por qué ha de ser... pos porque yo no soy el ambulantero. A mí nomás me dieron la orden hace apenas un

ratito, ¿verdad tú? –le preguntó el chofer al camillero, quien únicamente movió la cabeza afirmando para no dejar en mal a su compañero; pero, con sólo ver los círculos que trazaban sus ojos somnolientos, se deducía con mucha facilidad que no sabía de lo que le estaban hablando.

–Mire, ya no rezongue y, ¡vámonos! Después acaba de cargar lo que falte –gritó el responsable, sintiendo que se esfumaban las pocas esperanzas de alcanzar el vuelo–. ¡Bola de irresponsables!

–Pos eso dígaselos usted a ellos. Yo ya le dije que nomás estoy haciéndoles el favor, porque el chofer no se presentó... ¡Ora sí, aparte de que los saca uno de la bronca hasta lo regañan a uno! Además, me va usted a perdonar pero yo no tengo dinero pa'la gasolina... ¡Híjole!, ya nomás falta que hasta quieran que pague. ¿No quieren también su nieve de limón?

¡Fue un milagro! El vuelo estaba demorado para su salida con más de dos horas por causa de la niebla. Eso permitió documentar correctamente al enfermo, y también permitió al personal especializado de la línea aérea colocar debidamente a Nicandro en su asiento. Se les solicitó atención especial para él y manifestaron que con mucho gusto se la darían. La despedida fue muy emotiva. Nicandro y su sonrisa se habían vuelto algo muy querido para todos.

No habían pasado ni seis meses de estos acontecimientos cuando un día el director del grupo de voluntarios recibió una llamada telefónica del hijo de Nicandro, el del *macho look*, para darles las gracias por todo lo que habían hecho por su padre, y para informarles que Nicandro, el indígena de la sonrisa generosa, había fallecido.

X. Quiero mi libertad

Se acercaba el atardecer con la promesa de refrescar un poco el ambiente de bochorno, clásico de cualquier día del mes de agosto en la ciudad de Tijuana, cuando llamó mi atención un burro pintado a rayas blancas y negras, con apariencia de cebra, tras el cual posaban unos turistas sentados en un carromato, tipo banca, y a quienes colocaron sombreros de charro sobre sus cabezas. Vi a un hombre frente a ellos con una cámara fotográfica pidiéndoles que dijeran *cheese*, antes de pulsar el botón que lograría el milagro de que se llevaran la foto del recuerdo. No pude evitar sonreír al escuchar al dueño de la cebrada de orejas largas decirles a los turistas: *"come here, to my office"* y ver como lo seguían sólo dos pasos para dar vuelta al carromato por la parte de atrás. ¡Ahí era su oficina! Un cajón de madera conteniendo papeles, lápices y artículos varios como ligas, clips y bolsas de plástico, además del dinero de la ganancia del día. Con pericia, el dueño del negocio del animal fantástico maniobró la cámara y después de soplar con la boca a las fotografías unas cinco veces, se las entregó, por lo visto a la entera satisfacción de los clientes. Tal vez un buen día, pensé, me dedique a buscar y recopilar, a lo largo de México, la pluralidad de ingeniosas maneras que tienen algunos de ganarse la vida.

Continué caminando a todo lo largo de la Avenida Revolución, deteniéndome muchas veces a ver la variada y colorida gama de artículos de todo tipo, pero, en particular, las artesanías representativas de esa región que se ofrecen a los turistas, en su mayoría jóvenes, que pasan de San Diego a Tijuana todos los días, pero especialmente los fines de semana, con el único e inquebrantable propósito de frecuentar los bares y

tugurios que se encuentran intercalados en las principales avenidas y sobre todo en esa, la Revolución. Entran a México para disfrutar a plenitud la libertad de consumir bebidas alcohólicas sin exigencias de Cartilla de Identidad y rigurosa mayoría de edad, que no les perdonan de exhibir en su país a la hora en que piden cervezas o bebidas alcohólicas, a pesar de todos los trucos y argucias imaginables que ponen en práctica los chicos para engañar a los que atienden las barras. La razón del cruce frecuente es muy sencilla. Allá, la mayoría de edad se alcanzaba, en ese entonces, hasta los veintiún años.

Abordé mi automóvil para dirigirme al oeste de la ciudad. Por el espejo retrovisor vi, a lo lejos, que empezaban a encenderse, como guiños provocativos, las luces intermitentes de los autos. Muy cerca "del bordo" y llena de una curiosidad nueva, me encaminé hacia el punto en el que pude observar, alineados en montones de diez y veinte, hasta contarse por cientos, individuos parados o sentados, escudriñando el horizonte del país vecino.

Fue inevitable la reflexión, fácil, sobre la actitud evidente, de penoso desamparo y desazón, que proyecta esa gente, a quienes la necesidad obliga a salir de su país, en el cual, por varias razones explicadas en un sinnúmero de discursos oficiales sobre la economía y el desarrollo, no encuentran bienestar ni destino. Se les ve con la mirada perdida en el infinito, como si quisieran vislumbrar, en esa tierra ajena, algún signo seguro de que allá van a encontrar trabajo y prosperidad.

Dejé el automóvil y deambulé por el camino disparejo y terroso, sembrado de piedras rodeadas de pasto seco. En una de éstas estaba sentada una mujer con los ojos semicerrados y con un rictus de amargura muy marcado en el rostro. La vi sobarse una pierna lastimada con visibles cortaduras y raspones. "¿Le puedo ayudar en algo?", le pregunté mientras me acercaba. "No, gracias", me respondió turbada. Parecía muy apenada por haber llamado mi atención. "No, gracias", repitió. "¿Pero está usted herida! ¿Sufrió un accidente?", volví a preguntarle. "Es que

ya había logrado pasar por esa rajadura de la barda —señaló una parte a medio derribar del muro de acero, levantado por los Estados Unidos para frenar el paso de indocumentados—, pero alguien dijo que ahí venía 'la migra', y al correr para regresar, se me atoró la pierna y casi me la rebano”.

“Venga conmigo —le dije extendiéndole amablemente la mano— la voy a llevar a una farmacia para que le curen las heridas, no se ven profundas, pero se le pueden infectar fácilmente”. “No, *deveras*, muchas gracias, así estoy bien. Esto no es nada”, me dijo bajándose la falda para taparse las piernas.

Después de insistir con vehemencia, al fin pude convencerla y accedió a mi oferta. De esa manera tuve oportunidad de enterarme de la causa por la que quería pasar como indocumentada a los Estados Unidos: “Voy en busca de mi marido Dionisio, para pedirle que cumpla su palabra y me dé mi libertad, como me dice en su última carta que me envió”.

¡Buscar su libertad!, ésa era la causa que la movió a emprender el viaje desde un pueblo llamado San Luis Rey. La observé detenidamente y no pude evitar sentir una profunda compasión por ella. Era una mujer de veinticuatro años, se llamaba Paula. El pelo, negro y lacio, le caía sobre los hombros y lo sujetaba del lado derecho con un broche de plástico. Vestía con falda y blusa de material sintético y se protegía con un suéter que le quedaba un poco ajustado y del cual colgaba hacia la espalda una especie de capucha. Calzaba zapatos sin tacón, muy maltratados y totalmente empolvados. Al parecer, sus pertenencias las llevaba en un maletín de lona, de esas de tipo deportivo, del cual sacó un puñado de cartas que me extendió mientras me decía: “Estaba muy enojado conmigo. Yo no lo quise obedecer de quedarme encerrada en el cuarto. Estaba harta de la vigilancia de sus padres que no me dejaban ir a ningún lado. No querían que fuera a ver a mi familia, no me dejaban ir a San Luis. Yo no sabía para cuándo iba a regresar Dionisio de Estados Unidos, y lo que fuera que se iba a tardar yo tenía que quedarme encerrada. A lo

mejor para siempre. Eso no fue lo que él me prometió antes de casarnos. Me juró que estaríamos siempre juntos. Algunas de esas promesas hasta me las dijo en las misas del domingo. Si no cumplió su palabra de hombre... entonces, ¿qué esperaba?, ¿que yo me aguantara? ¡Pues no! Él me engañó. Ya no quiero ser su esposa. Ya no quiero que estemos casados. Quiero mi vida de antes, pero sin miedo de que él regrese buscándome con sus derechos de marido. Mejor que acabe esto. Promete una cosa y resulta otra. Ahí, en las cartas, lo dice”.

Primera carta textual:

jueves 23 de febrero de milnochieos ochentaynuebe.

mi estimada y apreciable esposa espero que te encuentres bien de salud como son mis mejores decesos de saludarte tu esposo Dionisio Mora Fierro aunque estoy lejos pero yo siempre estoy recordando e buscado trabajos por todo los ranchos de aquí serquita de San Luis Rey y no e encontrado trabajos ni aquí ai pureso es que no e podido mandar dinero yo Dionisio Mora Fierro fui el sabado abisitar a mi tio gregorio Mora y allí jalle los muchachos y los tres los juimos para fresno california duramos una semana y todos los dias saliamos a buscar los ranchos no jallabamos trabajos nien fresno california nos regresamos para los angeles llegamos a casa de mi tio gregorio un domingo y nos llebo a casa el lunes como alas cinco de la mañana nos llebo mi tio gregorio Mora a los ranchos con bacas en las ordeñas pedimos trabajo y no jallamos por los angeles california por rancho Santa Pabla tampoco los allamos y nos regresamos en la tarde los tres y mi tio gregorio Mora dijo que abia una boda de tus hermanos tus primos ho un bautiso una fiesta de tu familia allí mismo luego en la estacion o en la laguna en la consepsion en San Luis de la paz una fiesta que era en el rancho o en el pueblo: Paula Guerra Juncos no quiero que salgas a ninguna parte: delo que esta escrito si sales vaser finitivo: Paula Guerra Juncos: te quiero de verdad yo tu esposo: Dionisio Mora Fierro si te enfermas site doi el permiso para que te lleben a curar a San Luis de la paz pero cuando llate traigan que te lleben luego la casa: Paula Guerra Juncos tu papa don Crisostomo Guerra que te compre el mandado para que comas tu le das el dinero: Paula

Guerra Juncos ai en mi cuarto donde te dege alli tienes que estar-
te no quiero que ballas a vivir con tus papas:

Segunda carta:

domingo 14 de junio de 1992

Paula Guerra Juncos te escribo esta carta deceando te encuentres bien de salud como son mis mejores deceos y despues me paso a lo siguiente honde me platicas que lla recibiste la carta esta es la contestacion tu carta Paula Guerra Juncos ai dices que no te alcanza lo que te mando para el mandado de todo el mes mira si bas por lo menos cada quince dias a San Luis como te ba alcanzar si quieres nomas andar paseando yo Dionisio Mora Fierro te digo que ya no te doi permiso que salgas a San Luis o alguna parte otra Paula si quieres salir o ir alguna parte nesesitas mandarme pedir permiso y si yo te digo que si sales y si yo te digo que no no sales. gasta dies mil pesos mas cada mes si yo me doy cuenta no respetas mis ordenes puede llegar a la separacion tu y yo no estoy enojado”

La siguiente es una carta sin fecha:

mi estimada y apreciable esposa te mando muchos saludos deceando que te encuentres bien desalud que son mis mejores deceos de saludarte con mucho cariño te saluda tu esposo Dionisio Mora Fierro que te quiere mucho y no te holbida ni un momento y de mi no pienses porque estoi bien gracias a dios despues de darte mis cortos saludos te digo lo siguiente mi amorcito Paula te dege en la casa de mis padres y alli espero encontrarte en nuestro cuarto y quiero que alli sigas viviendo mientras junto dinero para aser nuestra casa: estar juntos Dionisio y mi corasoncito (aquí hay dos corazones dibujados) Paula Guerra Juncos tu debes obedecerme respetarme y aun no lo ases estoy triste si cuando estaba yo alla no me querias obedecer lo que yo te mandaba te enojabas mucho querias siempre andar libre y eso a mi no me gusta hora no quiero que ni salgas a enfrente de la casa de don Tomás ni en fente de la casa de nosotros ai por donde esta la puerta chica o la grade te lo proibo Paula a las 5 de la tarde tu ya no debes de andar afuera debes de meterte para adentro del cuarto i no salir para afuera: yo no permito que salgas a San Luis ni con familiares a ningun lado Dionisio Mora Fierro te lo dice en esta

carta: espero me comprendas i hobedescas Paula Guerra Juncos esta claro lo que te digo mi cielo: si necesitas mandado que te lo compre mi mama juana Mora nadamas le das el dinero

Cuarta carta:

Lunes 6 de junio de 1993

Yo Dionisio Mora Fierro con mis propios ojos te encuentre Paula Guerra Juncos aciendo el sexso con un hombre alas dies cuarenta y ocho de la noche te abiso que aquí se acabo nuestro matrimonio entre tu Paula Guerra Juncos y yo Dionisio Mora Fierro

Después de leer las cartas, me empeñé en persuadir a aquella joven mujer para que no intentara de nuevo pasar al país vecino. Le enumeré todos los peligros que posiblemente tendría que enfrentar. Como vi que no perforaba con mi perorata su voluntad, le pedí que me describiera exactamente lo que pensaba hacer una vez que hubiera cruzado la línea y se encontrara del otro lado, primero, porque quería comprender qué medios iba a usar para lograr satisfacer su empecinamiento y, segundo, para tomar su dicho como base e irle rebatiendo uno por uno sus argumentos. Se me quedó mirando como si no entendiera lo que le preguntaba y solamente me contestó que eso ya lo vería estando allá. Me quedé helada. Decidí cambiar la estrategia y le pregunté la dirección a donde se dirigía a buscar a su esposo para poder orientarla. Ni siquiera me supo decir el lugar donde trabajaba su marido y la única referencia que llevaba era la marcada en un sobre que estaba entre las cartas, pero cuyo remitente estaba totalmente ilegible. La ciudad que aparecía en el sello postal quedaba muy alejada de la frontera y para llegar hasta allá se requería tener buen conocimiento del sistema de transporte público, o si no, una buena cantidad de dinero para pagar un taxi; en una ciudad a la que se accede, principalmente, por medio de los *freeways*.

No salía de mi asombro, ni podía comprender cómo alguien, con aquella facilidad inaudita y esa confianza casi irracional, podía pensar en aventurarse a entrar a un país extranjero totalmente

distinto al suyo y sin saber el idioma. Además, sin dinero y careciendo de todo tipo de recursos, armada únicamente con una necesidad absurda de buscar a un marido para, según ella, "obligarlo a cumplir la palabra de darle su libertad". Tal vez, pensé, que ella creía que llegar a cualquier lugar del mundo era lo mismo que llegar a San Luis Rey.

Su voz me distrajo de estas reflexiones para decirme: "Lo que más coraje me da es que me *aiga* perdido mi vergüenza diciéndole a sus padres que estaba yo con otro hombre. El no supo cumplirme a mí y quería que yo nomás estuviera encerrada esperándolo".

Así estuvimos mucho tiempo, ella bordando sobre el mismo tema, y yo escuchándola. En cuanto tomó un respiro, aproveché para irme a fondo en lo que más me preocupaba, convencerla de que debía regresar con sus padres. La aleccioné para que se presentara ante el Juzgado de lo Civil a tramitar su separación legal. Me empeñé en que entendiera que esa era la única vía eficaz para obtener la *libertad que vale*. La que ella trataba de conseguir por boca de su marido, era una libertad de palabra que quedaba en un trato personal y que, según la conveniencia de él, podría cumplirla o no cumplirla. Que era muy peligroso lo que intentaba hacer en ese peregrinaje. Que era una aventura altamente riesgosa en la que posiblemente podría exponer hasta su vida. Que ese no era el camino; que me hiciera caso. Le anoté en un papelito los pasos que debería seguir llegando al pueblo de sus padres. Le dije que así iba a la segura, o sea, que debería levantar un acta solicitando el divorcio por las causas que ella exponía como válidas y que era muy importante que se hiciera acompañar de sus familiares o de testigos que conocieran su caso para apoyarla. Al mirarla fijo a los ojos, supe, con satisfacción, que la había convencido.

Era de noche cuando se despidió de mí y se marchó. La vi abordar un camión que la alejaba de la frontera. Me quedé pensativa unos minutos más y, de repente, descubrí que me había quedado con sus cartas en la mano.

Relatos de frontera

— con un tiraje de 3000 ejemplares —
lo terminó de imprimir la

Dirección General de Culturas Populares del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de Sevilla Editores, S.A. de C.V.,
Vicente Guerrero No. 38, Col. San Antonio Zomeyucan,
Naucalpan de Juárez, Estado de México,
C.P. 53750 Tel. 5301 • 2303
en el mes de julio de 2007

Cuidado de la edición:
Subdirección de Publicaciones de la
Dirección General de Culturas Populares





133727

Historias de migrantes. Historias de los que partieron *pa'l otro lado* y no regresaron. Los que se hicieron de dinero a fuerza de romperse el alma en el intento, los que se quedaron a medio camino y sufrieron vejaciones, injusticias y accidentes que marcaron para siempre su vida. Los que regresaron. Los que se volvieron a ir...

Relatos de frontera es un texto valiente. Su autora, Esther Lina Godínez de Loeza, escuchó los testimonios en palabras de sus protagonistas o de personas muy cercanas a ellos. Sabe del sufrimiento que permea cada paso hacia la frontera, sabe del dolor de la despedida, sabe del sabor amargo del destierro, la discriminación, el olvido, los falsos juicios y la indiferencia. Y comparte su vivencia del trabajo con migrantes en palabras cuajadas de solidaridad y de esperanza, en su búsqueda obsesiva de verdad, de sentido, de análisis hasta las últimas consecuencias. Con un lenguaje claro, que atrapa desde las primeras líneas, Esther Lina recrea las condiciones a veces inhumanas de los migrantes en busca de un sueño que con frecuencia se transforma en pesadilla.

Son 10 historias que le harán estremecer hasta lo más profundo, y cuestionarse sobre la problemática de la migración a los Estados Unidos, una realidad compleja y actual que representa un desafío para ambos países.



9 789703 512645



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES